La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 27 DE JUNIO DE 1892 — NÚM. 548



Monumento en honor del general Grant que actualmente se está levantando en «Riverside Park,» de Nueva York

SUMARIO

Texto. – *Crónica de Arte*, por R. Balsa de la Vega. – *Una hora en casa de Emilio Zola*, por Julio Huret. – *El loro del príncipe de Asturias*, por F. Moreno Godino. – *Miscelánea.* · *Nuestros grabados.* – *El fondo de un corazón* (continuación), por M. de Chandplaix, con ilustraciones de E. Bayard. – SECCIÓN CIENTÍFICA: *Contadores horo kilométricos para coches de punto* (conclusión), por X. – Libros recibidos.

Grabados. – *Monumento en honor del general Grant que actualmente se está levantando en «Riverside Park,» de Nueva York.* – Emilio Zola entregado al trabajo. – El despacho de Emilio Zola. – El cuarto dormitorio de Emilio Zola. – El comedor de Emilio Zola. – *La letra con sangre entra*, cuadro de Tomás W. Coulderly. – *Obras maestras del arte español*: *El conde duque de Olivares*, cuadro de D. Diego Velázquez. – Figuras 1 á 6. Contador Santenard para coches de punto. Vista interior del contador. Detalles del contador horo-kilométrico. Totalizador de los ingresos del día. Gobierno del eje de arrastre de las ruedas. Sección transversal del contador. – *Medalla conmemorativa del 4.° centenario del descubrimiento de América*, premiada con *accésit* por la Academia de San Fernando, proyecto de D. Francisco de Asís López.

CRÓNICA DE ARTE

Se acerca la época en que debe abrirse la Exposición nacional de Bellas Artes, y con la proximidad de tal acontecimiento, coincide la aplicación de los artistas que se disponen á luchar en el certamen.

Nada se puede aventurar respecto de la importancia artística del certamen, á realizarse; pero si no son equivocados mis cálculos, presumo que el género histórico, el místico y el de paisaje (incluída la marina) serán los que mayor contingente aportarán, y en los cuales (géneros) habrán de hacer sus primeras armas bastantes pintores desconocidos hasta ahora.

Por el presente, sé que los discípulos del malogrado Plasencia, Sres. Sampedro (laureado en la última Exposición); Peña, también premiado y conocido de los lectores de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; Cabrera, que tan grande éxito obtuvo con su lienzo *Huérfanos*, reproducido en estas páginas; Bertodano Romea, Torre, Moral, Arregui, etc., preparan todos grandes lienzos, en su mayoría de costumbres y con tendencia mística. Místicos también son los cuadros del malagueño Nogales *(Santa Casilda)*; Lizcano, *Extasis de Santa Teresa*; Ruiz Guerrero, *La sopa*, y otros tantos más, que con sólo enumerarlos ocuparía el espacio que necesito para esta crónica.

Los paisajistas y marinistas siguen la corriente mística, ó por lo menos la romántica. De Asturias, de la semita Andalucía, de Castilla, vienen paisajes y marinas en las cuales domina la nota melancólica. Aquí mismo, en plena corte, varios pintores cultivadores de este género, haciendo una concesión á la nueva corriente (no trato ahora de aquilatar el valor de la concesión dicha), se preocupan grandemente de imprimir á sus obras algo de ese carácter sentimental, mitad religioso. No sé si este movimiento hacia un idealismo á todas luces incontrastable, después de la racha naturalista y de *bibelots* que tan bajo puso el nivel del arte, obedece exclusivamente á impulso personal, á imitación, ó á explotación de una nota de color relativamente fácil. Antójaseme que entra de por mucho esto último. Allá veremos.

Sin embargo, creo firmemente en la buena fe de bastantes pintores. Creo también que esta fase mística, que tan enérgicamente se inicia, llega hasta nuestros artistas á impulsos de una corriente de simpática atracción, ejercida sobre ellos por un algo del espíritu romántico y caballeresco que inspiró á nuestros Coellos, Grecos y Carreños. Indudablemente no podrá nunca confundirse ese algo á que me refiero, ese algo espiritual, exclusivo de las razas que alientan en la península ibérica, con el espíritu de la ortodoxia teológica de ninguna religión positiva. La historia de nuestra pintura niega de un modo rotundo la existencia de esa influencia exceptuando á dos ó tres personalidades. Hoy, como en los tiempos de Ribera y de Zurbarán, el idealismo tiene un aspecto inconcreto, de abstracción, de ensueño, si melancólico, no por eso falto de un realismo perfecta y claramente determinado por lo que al medio de expresión se refiere. Lizcano pinta el *Extasis de Santa Teresa*, dando, bien científicamente, bien intuitivamente – y para el caso es lo mismo – á la figura de la doctora de Avila el valor y la verdad fisiológicas con que la ciencia nos analiza y describe esos fenómenos; y sin embargo, la unción de la exaltada mística por el pincel de Lizcano impresa en el rostro de la figura, alcanzará, á juzgar por lo hasta ahora juzgable, el grado máximo de expresión.

En otro orden de ideas también figurarán en nuestro certamen cuadros místicos, dándose el caso curiosísimo de que la gente joven es la que más empeño tiene en mostrar sus aficiones por la tendencia apuntada. El sol, los cielos rientes, las escenas cómicas ó simplemente risueñas, vendrán de allá, de las orillas del Guadalquivir. Goya, Alenza, Zamacois, no cuentan seguidores de sus humorismos jocosos y epigramáticos entre los pintores que figuran y entre los que pronto figurarán en la nueva generación artística. *El día de ánimas*, *Huérfanos*, *La cuna vacía*, *El desahucio* y otros tantos cuadros por el estilo acusan una preocupación, un estado especial del espíritu, un deseo de protestar, no formulado quizá, pero que existe en el fondo del corazón de esos artistas, contra la frivolidad é insubstancialidad del arte del día, consagrado en cuerpo y alma á producir tan sólo la emoción sensual, dejando al corazón en el olvido.

He aquí por qué tiemblo ante la idea de tener que estudiar los cientos de cuadros de paisaje, de marina y de historia que inundarán las salas del palacio del Hipódromo. Voy á ver – mejor dicho – vamos á ver marinas grandes y paisajes grandes (de cuatro y cinco metros) y Colones y Compromisos de Caspe y batallas de moros y cristianos, todo hecho con escasez de *todo*. Sé de marina y de paisaje, ambos muy melancólicos, ambos lienzos muy *bretonianos*, que se fabrican aquí á doscientas leguas de las montañas y de la costa que pretenden representar en ellos los artistas. Por gran retentiva, por gran genio, por muchos apuntes que tengan esos pintores, la verdad, ese algo que delata la verdad, que la caracteriza, no podrán realizarlo en sus obras. Podrán, sí, ser muy melodramáticas, muy tristes, muy grises, muy á *la moda*, pero jamás causarán la emoción de lo sentido y vivido, de lo sincero. La triquiñuela, el toque, la veladura, el raspado, todos esos recursos que se inventaron para la pintura llamada de *caballete*, pintura que tiene de verdad el trazo únicamente, pues desde los trajes de las figuras hasta la colocación de los trastos y la disposición de la luz todo es convencional; esos recursos, digo, llevados al paisaje ó á la marina, si en los demás géneros son nocivos, en éste anulan por completo lo más hermoso y lo positivo de él, que es la emoción de la verdad. Resultarán tales marinas y paisajes, con sus nieblas y con sus umbrías y con sus rocas imponentes y con sus carcomidos robles, melancólicamente contrahechos.



Emilio Zola entregado al trabajo

Lo más grave de cuanto vengo diciendo es, que no se confirma la noticia de que envíen los grandes maestros españoles obra alguna. Digo que es lo más grave, porque entiendo como mucho más práctico para el estudio y enseñanza del arte la obra producida por el talento madurado, que cuantas esperanzas pueda darnos la gente nueva. Bien quisiera ver desmentidas las noticias que hasta mí llegan respecto del particular; para bien de todos, inclusos esos maestros, de quienes si habla tan alto la prensa tudesca, no así la inglesa y la francesa. Tócame ahora calificarles, como alguno me calificó en cierta ocasión, llamándome antipatriota. Y conste que con ellos no reza lo de *nemo est profeta in patria sua*, por cuanto se les admira y reverencia.

***

En lo que resta de año se descubrirán al público, solamente en Madrid, trece estatuas. No creo que los escultores estén quejosos de la protección que se dispensa al arte de Fidias. Fuera de Madrid también la escultura tiene devotos. Ahora va á alzarse en Salamanca una estatua al descubridor de América, y de la que es autor el Sr. Barrón. En esta villa y corte, las de Pontejos, Piquer, Cassola, María Cristina, Bravo Murillo, con diferencia de meses en las fechas de sus inauguraciones, compartirán la admiración de las gentes, con las de San Isidoro, Alfonso el Sabio, Berruguete, Lope de Vega, Velázquez, Cervantes, Nebrija y Luis Vives. Y no cuento las representativas del *Genio*, el *Estudio* y *España*.

Por cierto que el Sr. Querol ha comenzado ya á modelar, á todo su tamaño, la última de las citadas estatuas, teniendo casi concluído el grupo central del frontón para la Biblioteca; grupo que lo componen la *Paz*, la *Guerra* y la *Filosofía*. Estas figuras miden cuatro metros de alto, y muy pronto serán vaciadas en yeso y trasladadas al lugar que han de ocupar en el edificio á que se destinan.

He visto en el estudio de este artista dos bustos retratos que le honran y que recuerdan al autor de *La Tradición*. Bien puede afirmar el alcalde de Barcelona (uno de los retratados) que tiene desde hoy un *alter ego*... del cual nadie hablará mal. El otro busto es el del notable pianista Sr. Tragó. No son éstos los únicos trabajos que en sus *ratos perdidos* (¡para perder tiempo está Querol!) realiza el distinguido escultor catalán, pues tengo por cierto que varias damas de la aristocracia madrileña le traen á mal traer con la pretensión de que las retrate.

***

La cuestión magna de la *Cibeles*, como la del derribo de la Torre Nueva de la capital de Aragón, tienen el privelegio de seguir preocupando á cuantos les importan estas cosas... y á bastantes que no pensaron jamás que existieran motivos tales de preocupación. Respecto de la famosa fuente, puede decirse que hemos entrado en el período agudo del conflicto por su causa originado. Este presenta dos aspectos: el puramente artístico; y el otro, el consabido, el financiero. Ambos son, para algunos, uno solo; y todo hace creer que, en efecto, el único nudo á desatar, es el que cierra la boca del talego de los ochavos que habrán de emplearse en la traslación de la buena diosa de piedra.

Naturalmente, los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA habrán creído – como yo se lo conté en la crónica anterior – lo de la traslación de la fuente. ¡Buen chasco! Según parece, no hay tales carneros. El ayuntamiento, especialmente el alcalde, respetuosísimos con todas las prerrogativas, autoridades, etc. (aun cuando esas autoridades y prerrogativas no tengan para qué ni por qué mezclarse en asuntos concejiles), en vista de cómo la Academia de San Fernando

tomó en serio lo del traslado de la joya berroqueña, dando dictamen en contra del acuerdo municipal, á estas fechas, según tengo entendido, se habrán cruzado órdenes y contraórdenes, á fin de dar cumplimiento y satisfacción á los deseos académicos, por considerarse tales deseos altamente sabios, artísticos, estéticos, etc., etc., etc. Mi buena madre Cibeles irá para atrás, es decir, se le arrimará más todavía á los jardines de Recoletos, por que *haga mejor* sobre el verde, como hablaba ayer tarde un académico de la mía, de la de San Fernando.

Naturalmente, todo esto es *jonjana y guasa verde*, con perdón de mi buen amigo Cavia; porque si no mintió la deidad mitológica en una conversación que *ambos á dos* sostuvimos á la luz de la luna no hace muchas noches, el Sr. Bosch y los señores concejales tenían barruntos de la protesta de los inquilinos vitalicios de la casa de la calle de Alcalá núm. 11 bastante antes de comenzar el desmonte del pilón y el desmantelamiento de todo aquello, hace dos meses encanto académico. «Pero como no se trataba de otra cosa (habla Cibeles) que de levantar una algarada á mi costa (contando con la sonata de *cornamusa* que entonaría la gente inmortal de oficio y vosotros los *chicos de la prensa*, á quienes tuve por linces y que ahora me parecisteis vistas de Aduana) con el fin de sacar á relucir un proyecto de monumento para colocarlo en el centro de la plaza, proyecto embotellado hace bastante tiempo...»

Mi compañero y amigo Mariano de Cavia (ahora hablo yo) está verdaderamente emocionado con lo del derribo de la Torre Nueva. No es él solo; muchos creen ver en la resquebrajada obra mudéjar-gótica un monumento de mérito excepcional, condenado por la prepotencia de varios de sus influyentes convecinos á morir después de haber vivido cinco siglos prestando servicios impagables á la heroica ciudad.

No conozco la *Torre Nueva* más que por reproducciones fotográficas. En efecto, es un monumento, si no único por su traza y amalgama de dos arquitecturas, por lo menos una obra de mérito suficiente para que la Academia de San Fernando, ya que el Estado paga cuerpos consultivos como el citado, hubiese hecho un estudio concienzudo de la causa que produjo la grieta é inclinación de la citada Torre que, ó mucho mienten las magníficas fotografías que tengo á la vista, ó no consiste la tal grieta en descenso alguno del terreno, y sí en un defecto de los materiales de resistencia, menos consistentes por la cara de la abertura. Pero, por lo que he podido enterarme, del dictamen académico se saca en limpio que no sabe la sección técnica á punto fijo en qué consiste la grieta de la Torre Nueva, ni qué remedio puede aplicársele, aparte de derribarla, y que para no calentarse los sesos ó quizá de acuerdo con alguien, aconseja el desmonte de la fábrica famosa.

Durmióse un magistrado al final de la vista de un pleito referente á un prado. Cuando despertó, el presidente de la Sala ponía á votación la sentencia de una causa por homicidio, volvióse á nuestro durmiente que bostezaba con gran seriedad y le preguntó:

– ¿Vuestro voto para qué es?

– Para que lo sieguen.

– Si no hablamos del prado; ahora se trata de un hombre que mató á otro.

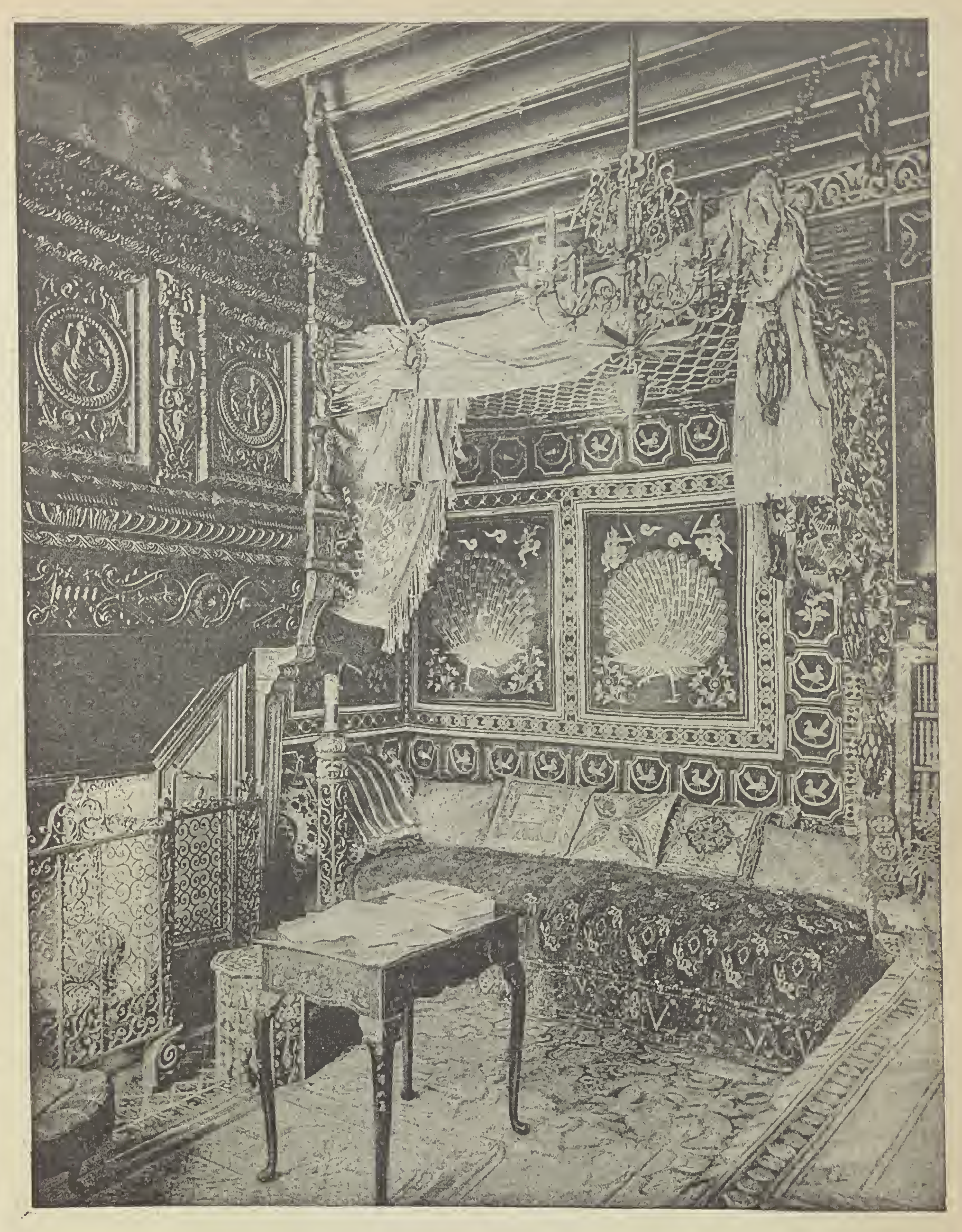
– Pues que lo ahorquen.

Y sin averiguar más, firmó.

Tiene muchos imitadores el magistrado.

R. BALSA DE LA VEGA

15 de Junio de 1892.



El despacho de Emilio Zola

UNA HORA EN CASA DE EMILIO ZOLA

En resumidas cuentas, Emilio Zola ha tenido novecientas noventa y nueve *interviews* hasta el día; y he creído interesante reservarme el décimo centenario de ese *sport* á que he consagrado ya algunos años de mi existencia. A la originalidad de ese aniversario agregábase para mí el placer de volver á debutar como *reporter*, pues todos saben que M. Zola comparte con M. Renán el fatigoso monopolio de bautizar á los neófitos de la *interview*, ó dicho más claro, de tener que aguantar los primeros ensayos de todo al que á esa especialidad periodística quiere dedicarse.

Me he puesto, pues, el traje de domingo del *reporter*, llevando conmigo al fotógrafo de la *Revista*, á que va destinado este artículo, y he ido á llamar al número 21 *bis* de la calle de Bruselas, conservando el recuerdo de la ligera angustia de mi primera visita.

La nueva morada del maestro no ha sido descrita aún, al menos que yo sepa; pero aunque lo hubiese sido, ¡qué importa! Hoy es día de fiesta, y quiero rehacer esa descripción.

Desde el vestíbulo del hotel obsérvase ya una mezcolanza fabulosa de formas y de colores, un cúmulo inusitado de chucherías: á la izquierda un Buda, hipnotizado por su ombligo, está sentado en medio del sol de oro de su nicho de hojas del loto, á la sombra de dos palmeras plantadas en jarros de China; enfrente se ve una triple silla de coro de encina vieja esculpida, y unas vidrieras conservan una atmósfera concentrada en aquel rincón reservado para los visitantes que esperan. La gran escalera del hotel, que recibe la luz por un vano con cristales, elévase dando vueltas sobre sí misma, y presenta en el centro un espacioso tramo para descansar. Apoyado en la pared de la escalera, á la izquierda, hay un bajo relieve de madera pintada, que representa media docena de personajes de tamaño natural, y una extraordinaria dalmática con enormes adornos de plata antigua, que se destacan sobre un fondo de perlas azules: diríase que es el caparazón de una quimera apocalíptica. A cada lado de la vidriera hay dos grandes santos con mitra, completamente negros, con un dedo levantado en ademán de bendecir; en plena luz destácase una reducción en mármol de la Venus de Milo; y detrás osténtase un magnífico retrato del maestro, pintado por Manet. Vense también una hermosa tapicería de tonos viejos, una *verdura* amarillenta, cuadros llenos de esmaltes, de croquis y de estampas iluminadas, y debajo de otra antigua dalmática de seda bordada, de color extraño, una antigua Madona de madera ennegrecida medio se oculta en un lecho de sedas amarillas y azules. La mirada, atraída por todas partes, no encuentra ya un rincón donde fijarse.

Semejante decorado parece convenir con la agitación que hay en el fondo del temperamento de Emilio Zola. Esa reunión en un mismo punto de tantas formas y colores tan diversamente sugestivos, esa complicación de adornos, es propia para complacer al autor de tantas descripciones sinfónicas á grande orquesta, al novelista pintor que ha bosquejado vigorosamente los grandes frescos de la vida moderna, y en cuyo arte hay sobre todo un intenso hormigueo y omnipotente brutalidad.

Pero hele aquí á él mismo, muy flaco, muy vivo, y siempre admirable hablista.

– Todas estas chucherías, me dice, no merecen admirarse; eso es viejo, ocupa mucho sitio, estorba y

no siempre es hermoso. En cambio tampoco cuesta caro, pues yo, como usted sabe, no compro curiosidades para enriquecerme, ni tengo nada raro; pero paréceme que no hay sino eso para comunicar un poco de carácter y frescura á un decorado.

– ¿De la Edad media, seguramente, mi querido maestro?

– ¡Ah, sí! ¿Qué quiere usted? Esta contradicción existe en mí: alimentado por Hugo y Musset, por más que procuro combatir en mí el romanticismo, mis gustos siguen siendo siempre los de un romántico empedernido. Balzac ha dicho una palabra muy justa, que se aplica perfectamente á mi caso: «Cuando un hombre *llega*, siempre realiza el lujo que soñaba en su juventud.» Ahora bien: cuando yo tenía quince años, la edad media de Hugo me acosaba, me llena ba por completo; en ella fué en donde tomé gusto al baratillo, y apenas pude, compré más y más chucherías, visité á los prenderos para examinar cuanto tenían, y fuí con frecuencia al hotel Drouot; la fiebre, la borrachera de las subastas satisfacían mi afición á la lucha. ¡Sí, esto me ha proporcionado muy buenos ratos! Y además, créalo usted, el decorado me seduce. Si no hubiese sido novelista, hubiera deseado pasar mi vida decorando las casas de los demás, haciendo combinaciones con las telas y adornos. ¿Sabe usted cómo edifiqué mi casa de Medán? Pedazo á pedazo; y á medida que mis libros producían, la iba agrandando. Ha de saber usted que nunca me he servido de un arquitecto; yo mismo me subía á los andamios, hacía planos, manejaba los ladrillos y dirigía los obreros. En el fondo, esto es una necedad; pero ¿qué quiere usted?; á mí me gustaba mucho. Por lo demás, ya pasó; ahora esto ya no me divierte...

Hemos llegado al salón, aposento espacioso que recibe la luz por tres ventanas con cortinas de seda amarilla con flecos de felpa color azul pálido; el suelo está cubierto por una antigua alfombra, festoneada también de felpa azul, y en la monumental chimenea se ve el busto en yeso de Zola cuando era joven. Varios divanes y sillones de tonos azules, amarillos y rosa viejo, con brazos dorados; un piano de cola de palo de rosa y palisandro, un velador dorado y varias jardineras completan el conjunto.

En el silencio de la vasta habitación, cómoda y espléndida, mis labios pronunciaron la palabra «fortuna.»

– ¡Mi fortuna, mi fortuna!, exclama Zola. ¡Pero si no tengo un cuarto! ¡Eso de Zola millonario es una leyenda! ¡Cómo! ¿No lo sabía usted?

– Pero... ¿y las grandes tiradas?...

– ¡Las grandes tiradas, las grandes tiradas!... Por término medio no son más que ochenta mil ejemplares vendidos al año. Pues bien, cuente usted: me dan sesenta céntimos por ejemplar, lo cual apenas representa la suma de cincuenta mil francos; agregue á esto los derechos de traducción y las reproducciones, y llego á ganar cien mil francos el año que más. En París, con el género de vida que llevamos, esto no es una fortuna, porque el dinero se gasta muy pronto. ¿Sabe usted los millones que hoy se necesitan para tener verdadero lujo? La más insignificante mesa moderna, verdaderamente artística, vale diez mil francos, y lo demás á proporción. ¡Sí, ponga usted tres millones nada más que para los muebles! Y no hablo de la construcción de un palacio á gusto del dueño. Por lo que á mí hace, mi mayor locura ha sido la compra de antiguallas que verá usted en mi despacho, cuatro tableros por cuatro mil francos. Tengo fama de ser hombre de dinero, preocupado sólo por grandes tiradas y millones de ejemplares... ¡Imbéciles! Deseo que de mis novelas se hagan muchas ediciones, es evidente, y ambiciono un público muy numeroso, lo cual no me parece menos lógico. Es un hecho histórico, curioso de conocer, que M. Georges Ohnet haya tenido cien mil lectores en el siglo XIX. En cuanto á mí, le diré que siempre fué mi teoría influir en las grandes masas; y me complace decir que hasta la hora presente se han vendido un millón doscientos mil ejemplares de los *Rougon-Macquart*. Por lo que hace á pretender que cuanto más se vende un libro más mérito tiene su autor, es tan absurdo, que ni siquiera quiero hablar de ello.

Zola se hundía teniendo las piernas cruzadas en un ángulo del gran sillón, y con la mirada meditabunda detrás de los lentes, añadió encogiéndose de hombros:

– ¡El lujo, el lujo me importa un pito! ¿Ve usted todo eso? – y con su mano describió un movimiento circular. – ¡Qué me importa á mí todo eso! No lo necesito ni me interesa, se lo repito. ¡Ah! Si yo pudiese comenzar de nuevo á vivir... Una buhardilla, sí, una buhardilla y mucha tranquilidad...

– ¡Ah! A propósito de buhardilla... si pasáramos á su dormitorio...

– Venga usted, voy á enseñárselo, contestó con resignación.

Entramos en un aposento bastante espacioso, dividido en dos partes por una verja de hierro de la altura de un hombre, maravilloso trabajo del siglo XIII; detrás se ve la cama de columnas con su colcha y sus cortinajes de color rojo y oro; los tintes rojizos y violáceos de los antiguos cristales fulguran en una poderosa armonía de colores; los muebles ataraceados; los armarios á la italiana, dorados y brillantes; el Buda, de oro también y cubierto de abalorios, y la chimenea, revestida de terciopelo bermellón con adornos de color verde rana. Esta sinfonía vibrante se dulcifica por el fondo obscuro de las paredes enteramente cubiertas de tapices que representan personajes que se elevan desde el suelo hasta la cornisa de encima, llegando hasta el techo. Todo esto da calor á la vista, como un horno lleno de ascuas ardientes.

– ¿Ve usted?, dijo Zola: esa impresión de calor es precisamente lo que he tratado de obtener y lo que más me complace. No se consigue esto sino con esos antiguos tejidos, que fueron de colores muy chillones, borrados por el tiempo. ¿No parece esto un cuadro de Delacroix, ó un viejo lienzo holandés esfumado en las pecas de las pátinas?

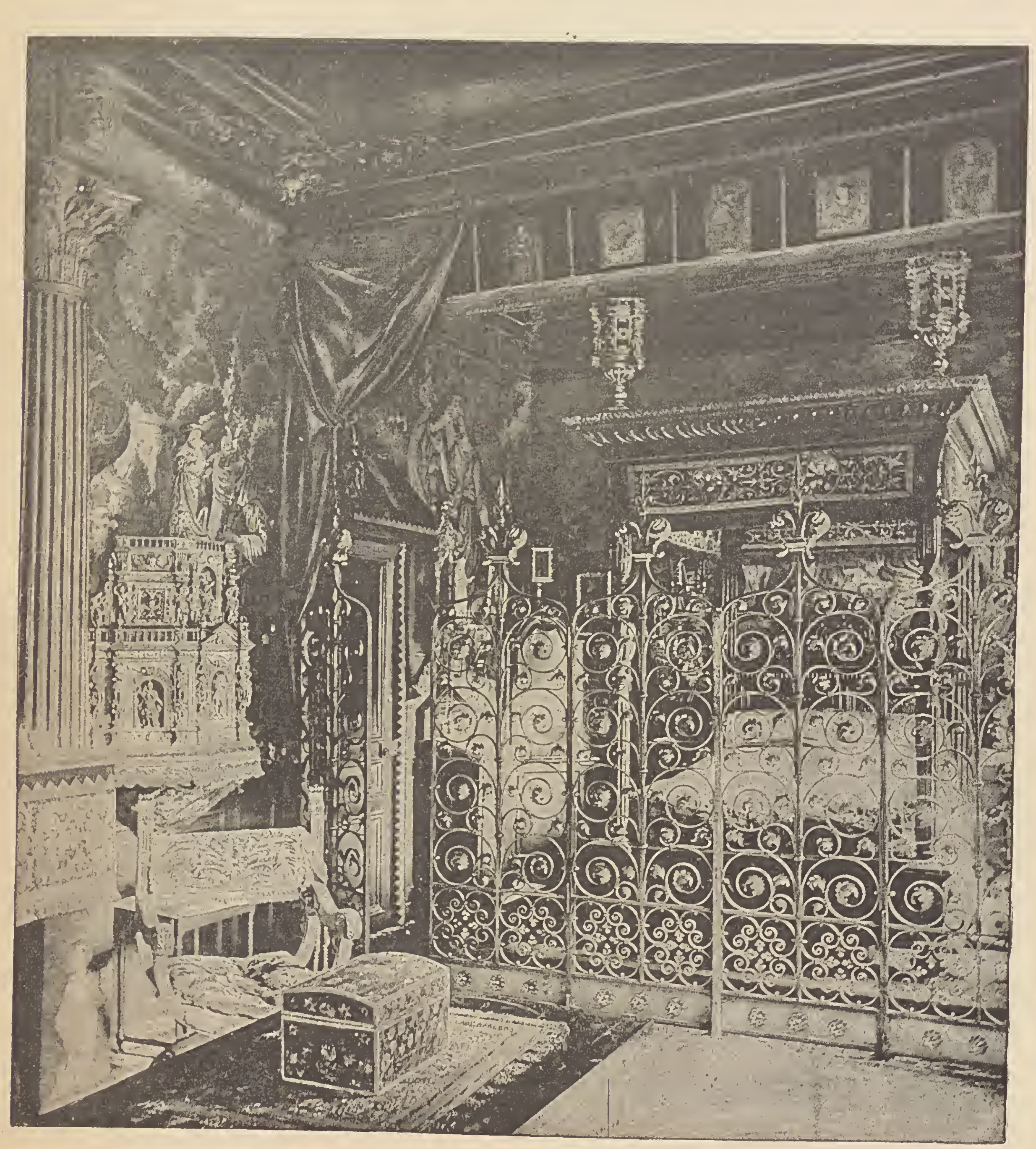
Ya estamos en el despacho: aquí hay menos rojo; es una armonía de oro viejo. Los cuadros antiguos que datan del siglo XV, el diván dominado en el fondo por una gran pieza de terciopelo negro con bordados que representan pavos reales de plata y de seda verde, la mesa escritorio llena de libros y de chucherías, el gran sillón de cuero de Córdoba, detrás del cual se eleva un cortinón de terciopelo carmesí, y antiguo estandarte cubierto de ramajes de oro pálido, y en la mesa de trabajo varias cuartillas empezadas...

– ¿Sin duda serán cuartillas de *La Debacle*?, pregunté.

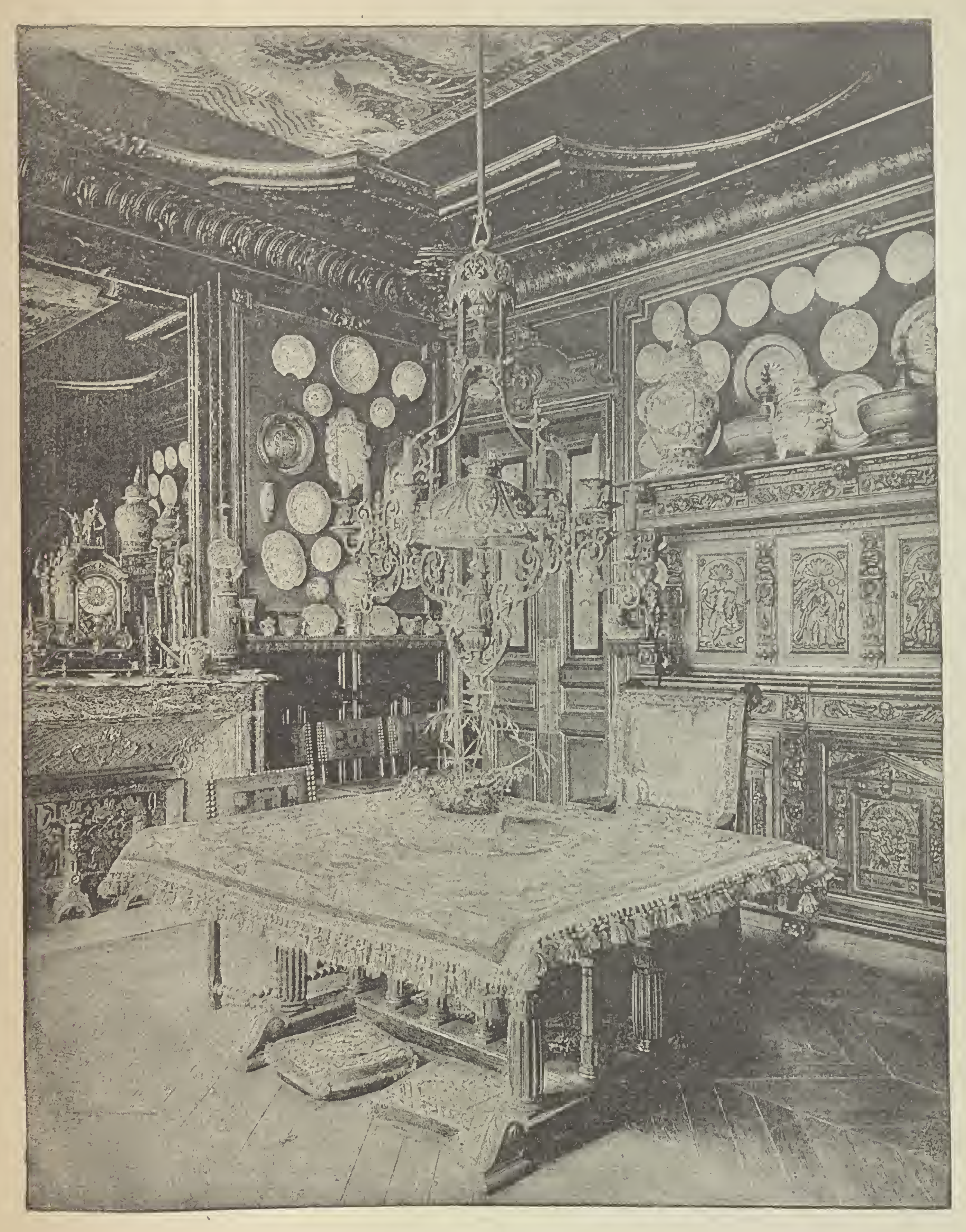
– Precisamente son las últimas. ¡Oh! Esos dos capítulos, que concluyo en este momento, me han costado lo indecible. Figúrese usted que me proponía trazarlos á grandes rasgos para terminar el tomo con la apoteósis del sitio de París y las llamas de la *Commune;* parecíame esto un final grandioso y bastante fácil de hacer; me pongo, pues, á estudiar mis documentos sobre 1870 y 1871, y ¿cómo creerá usted que no sabía de qué manera desenmarañarlos? ¡Hay allí todo un mundo! ¡Se necesitaría otro volumen! Pero de todos modos ha sido preciso poner tasa. *La vie populaire* me seguía muy de cerca, y debía estar preparado; pero ¡qué trabajo tan infernal!

– ¿Y da usted sus novelas á los diarios antes de haberlas concluído del todo?

– ¡No me hable usted de eso! Dí mi primer folletín sin haberlo terminado, y desde entonces no he podido darme alcance. Es la historia del propietario que jamás consigue comer una manzana en sazón: no se da prisa en cogerlas, se pasea por su jardín. «¡He aquí, dice, una manzana que está á punto de picarse; es preciso comerla!» Al día siguiente repite la misma función, hasta que ve la última, y al fin las come todas medio podridas... Y á propósito, ¿cree usted que si yo fuese millonario querría que se publicasen mis novelas en folletines? ¿Cree usted que no me parece absurda esa necesidad de cortar capítulos, á veces en medio de una descripción? Pero esto pro-



El cuarto dormitorio de Emilio Zola



El comedor de Emilio Zola

duce dinero, y yo le necesito para equilibrar mi presupuesto. Es como las traducciones; trato yo mismo con los editores extranjeros, y generalmente demuestro ser muy poco entendido en los negocios. Había propuesto á Charpentier que se encargase de ello, pero se parece á mí. En el fondo le importa poco el dinero... Sí, mi novela *La Debacle* se publicará en nueve idiomas al mismo tiempo, en alemán, en inglés con una segunda traducción para América, en español con otra para la República Argentina, en portugués, en italiano, en lengua tcheque, en húngaro, en danés y en ruso. ¿Y sabe usted lo que me producirá todo esto? Pues solamente un total de veintisiete mil francos cuando más: Alemania seis mil, América ocho mil... ¡Son tan agarrados esos tunantes!

Iba á marcharme y me detuve, recordando que Zola no había tenido nunca oportunidad de explicar la contradicción, al menos aparente, de su vida de batallador y revoltoso con su candidatura actual para la Academia.

– Y bien, pregunté, ¿y la Academia?

– ¡Ah! No me quiere todavía, contestó con acento picareseo imposible de reproducir.

Los dos soltamos la carcajada.

– ¿Y continuará presentándose?

– Escuche usted: en mí se reunen el político y el soñador... ¡Sin duda la sangre italiana! Cierto que en mi vida hay actos que no son de política, y si tengo empeño en pertenecer á la Academia no es por una simple gloria, sino porque esto se aviene con mis teorías de existencia y de sociabilidad; lo que yo quiero socialmente es ver mi triunfo con mis propios ojos. ¡Se vive, se trabaja, se lucha y se muere! ¿Qué llega á ser uno después? ¡Jamás sabe uno si tuvo talento!...

El semblante del maestro toma una indefinible expresión de melancolía al pronunciar estas palabras, y continúa lentamente.

– Tal vez no me queden más que veinte años de vida, ó quizás solamente quince, pues ahora cuento cincuenta y dos, y no quiero irme sin haber realizado todo mi programa de hombre social. Otros vienen detrás, jóvenes muy encopetados, que os rodean y os dicen: «¡Su torre es de marfil, sea usted altivo!» Y entretanto se apoderan de las condecoraciones, de los sitios y de los honores, y acaban por dejarle á uno en un rincón completamente solo.

– ¿De manera que usted persiste?

– Absolutamente. ¿Cree usted que un descalabro en la Academia disminuya en algo el valor que un artista pueda tener? Eso carece de importancia, y me parece que la persistencia de mi candidatura prueba, por el contrario, que no tengo vanidad. No soy de la opinión de aquellos que piensan que la elección por la Academia de un artista que es inferior á ellos constituye una derrota personal. A fe mía que eso más bien me divierte. La elección de Loti permitió reconocer corrientes de opinión bastante curiosas... En cuanto á la oposición que se me hace personalmente, siempre es la misma historia: el *Jesucristo* de la *Tierra* y mi pretendida pornografía. Siempre tenemos la *Revista de Ambos Mundos* y ese excelente Brunetieres... y además personas que se figuran que el público distinguido no me admite todavía. Esto es lo que yo llamo la leyenda del antiguo suscriptor. ¡Vea usted á Arturo Meyer!... á mí me divierte mucho...

Jamás habla de mí el *Gaulois* sin restricciones: es preciso que todo aquel que escribe un artículo sobre mi persona haga esta observación: «¡Es verdaderamente sensible que un hombre como Zola, que tanto talento tiene, haga tan mal uso de él!» Esto es muy cómico, y Arturo Meyer se figura de la mejor buena fe que no he sido aceptado aún por lo que él llama *su clientela*.

Y además, otros pretenden que en el extranjero se admirarían de verme admitido por la Academia. Estoy seguro que es otro error. Recibo montones de artículos publicados en las principales revistas alemanas y rusas, los cuales prueban que se me aprecia por allá por lo menos tanto como en Francia.

– ¿Y los partidarios de usted?

– ¿Mis partidarios en la Academia? ¡Oh! Es muy sencillo. Por el pronto tengo nueve, que me han dado su voto, y que se llaman, si los informes recibidos son exactos, Coppée, Dumas, Claretie, Sardou, Halévy, Meilhac, Hervé, Doucet y John Lemoine.

– ¡Ya irán haciendo prosélitos, mi querido maestro!...

JULIO HURET

EL LORO DEL PRINCIPE
DE ASTURIAS

I

Hacía ya algunos años que el rey don Felipe V de Borbón gozaba de la posesión del trono de España, á tanta costa conquistado. En la guerra de Sucesión contra el archiduque de Austria y sus aliados había demostrado el príncipe francés sus eximias cualidades de hábil, enérgico y valeroso capitán. Sentábase en el trono por derecho legal de herencia y por la voluntad de la mayoría del pueblo español, que desde un principio estuvo á su lado. Era simpático á todas las cortes de Europa, que admiraban su prudencia y generosos alientos. Apoyábase en la amistad de la poderosa nación francesa, á cuya familia real pertenecía. Había labrado una dinastía con la punta de la espada. Merced á un largo período de paz, el pueblo español íbase reponiendo de sus pasadas convulsiones. La corte de España era una de las más espléndidas de Europa. El rey, para su solaz y grandeza, había transformado los desiertos de la Granja en un *sitio Real* competidor del de Versalles. El suntuoso palacio Real, mandado construir en el mismo lugar en que estaba el antiguo Alcázar, hallábase en su mayor parte terminado. El hogar del soberano de España no podía ser más tranquilo ni más dichoso, puesto que la reina era una princesa seria y virtuosa, y el príncipe de Asturias, D. Luis, había dado pruebas de una mesura superior á su edad y gozaba de buena salud: todo, pues, parecía halagarle en el presente y en lo porvenir, y sin embargo los perspicaces observadores palaciegos percibían como una nube de tristeza que se cernía continuamente sobre la regia morada de Madrid.

Si la natural reserva no lo hubiera vedado, no hubiera sido difícil oir diálogos parecidos al siguiente:

– ¿Qué tiene el rey?

– Diga usted más bien: ¿qué tiene la familia real?

– Es verdad: no obstante, la reina es la que parece menos preocupada.

– Porque como usted y como yo ignora el misterio.

– ¿Supone usted que le hay?

– Eso salta á la vista: prueba que usted mismo lo ha observado. El *intríngulis* debe estar entre el rey y el príncipe.

– ¿Se susurra alguna cosa... incorrecta de éste?

– Absolutamente nada, y en esto consiste el misterio. El príncipe tiene *demasiado* juicio para su edad...

II

Pues bien: los cortesanos, al ver al rey algunas veces retraído y cabizbajo, y no pudiendo achacarlo á negocios de Estado, que cada día iban mejor, preguntábanse:

«¿Qué tiene el rey?»

Y el rey á su vez, en sus frecuentes monólogos mentales se preguntaba:

«¿Qué tendrá mi hijo?»

Porque el príncipe de Asturias debía tener algo que escapaba á la solícita observación de un padre. El heredero de la corona no era un joven ni un príncipe como los demás. Estaba en la edad de las expansiones y era reservado. Su buena salud, alta posición y juveniles alientos disculpaban en él ciertas incorrecciones, y sin embargo parecía indiferente á todo: á mujeres, á distracciones, á anhelos de triunfos de amor propio; á todo absolutamente. Representaba un papel de príncipe con corrección, pero sin gusto y sin estímulo, tratando de ocultar el despego que le producían las fiestas y ceremonias palatinas. Su única diversión era la caza, que más que diversión parecía en él deseo de retraimiento. Pasábase la mayor parte de los días cazando en la Casa de Campo ó en la Moncloa, en compañía del marqués de Cogolludo, primogénito de la casa de Medinaceli, hacia el cual demostraba alguna predilección. Mostrábase con sus padres respetuoso y cortés, pero nunca expansivo, y en resolución presentaba un aspecto desusado en un joven de su edad y de su rango.

El rey no podía achacar esta indiferencia y retraimiento de su hijo á falta de capacidad. El príncipe daba continuamente pruebas de clara inteligencia y de rara comprensión. Conocía al dedillo la Historia Universal, y á veces entreteníase en poner notas á las obras de Suetonio y de Plutarco. Existe un autógrafo suyo en la biblioteca de Palacio, que copio á guisa de curiosidad.

Dice así:

«A los personajes que intervienen en los acontecimientos de la Historia, debe considerárseles ni más ni menos como á figuras cómicas que trabajan en el escenario de un coliseo. No debe salirse del tablado para apreciarlos, pues el hombre cuanto más encumbrado suele tener más debilidades privadas. No se debe parar mientes en los secretos de la vida, así como no es conveniente penetrar en los camarines de los cómicos, donde éstos se visten, desnudan y danse afeites y coloretes.»

El príncipe de Asturias era además un buen naturalista, especialmente en lo que se refiere á la parte ornitológica. Tenía una soberbia colección de aves de todos los países, vivas ó disecadas, consignando acerca de ellas datos científicos y curiosos.

Por todas estas causas debe suponerse que el heredero del trono de España no era ni frívolo ni escaso de inteligencia como otros congéneres suyos.

El rey apreciaba las cualidades del príncipe, y por lo tanto era mayor su contrariedad por la excentricidad de carácter de éste. Adoraba á su hijo como padre y como monarca que veía en aquél un sucesor, y por esto heríale doblemente la falta de expansión filial de su heredero y los desabridos desplantes de su genio, y por eso se preguntaba:

«¿Qué tendrá mi hijo?»

En una ocasión, á consecuencia de sus cavilaciones, tuvo una entrevista con éste.

– ¿Quieres que pensemos en casarte?, le preguntó de manos á boca.

El príncipe hizo un movimiento de sorpresa y contestó:

– ¿Por qué me haces esa pregunta?

El rey, gran etiquetero en público, trataba y era tratado por su familia con gran intimidad en la vida privada.

– Por nada, respondió á su hijo. Por si echabas de menos esa nueva expansión de cariño.

– No he pensado en tal cosa. Soy muy joven todavía.

– Un príncipe nunca lo es.

– Pues bien, padre, no me agrada la idea.

– ¿Tienes bastante con tu pensión de ciento veinte mil ducados?

– Me sobra.

– ¿Desearías viajar para ver países é instruirte?

– Detesto los viajes. Además para ser un buen rey, si es que yo llego á serlo, sólo hace falta buena voluntad.

– Es que yo no te conozco ninguna.

– ¿Qué dices? ¿Por qué me haces estas preguntas que parécenme extemporáneas?

– Porque observo en ti algo que no es propio de tu edad y que no acierto á explicarme.

– Padre...

– Excusemos palabras ociosas. ¿Tienes algún pesar, deseas algo? Habla. Puede haber hijos ingratos y bruscos, pero no hay padre que no desee la completa felicidad de sus hijos.

– ¿Y qué me falta á mí para ser feliz?

Hubo una pausa. El rey dió algunos pasos por la estancia, se detuvo bruscamente, y encarándose con el príncipe, dijo:

– ¿De modo que nada tienes que decirme?

– Pero yo ¿qué he de decir?...

– Ni yo tampoco, repuso el rey, y dejó solo á su hijo, alzando una cortina y murmurando: «Es impenetrable como una roca.»

En otra ocasión, el preocupado monarca llamó al marqués de Cogolludo, se espontaneó con él y le preguntó si conocía algún secreto, alguna aspiración del príncipe.

El joven amigo de éste nada sabía.

– Pero ¿habrás notado como yo, dijo el rey, que mi hijo no está en estado normal?

– Señor, yo he observado, como otras varias personas, que el príncipe de Asturias no piensa ni hace lo que yo, por ejemplo, haría en su lugar. Pero si el príncipe tiene secretos y aspiraciones no se ha dignado confiármelos, no obstante la predilección con que me trata. Lo que yo puedo asegurar á V. M. es, que nuestras conversaciones no son propias de jóvenes de nuestra edad.

Con estos antecedentes se comprenderá el malestar del rey respecto á su hijo. Hallábase triste y además irritado, pues él, que todo lo podía y á quien casi constantemente había sonreído la fortuna, hallaba perennemente á su lado un esfinge que no podía aclarar.

III

La obra del nuevo palacio Real comenzó á construirse, como era natural, por la parte del *Campo del Moro*, que es la que ofrecía mayor desnivel; y no sólo antes de que estuviera terminado el edificio (que aún no lo está en la actualidad), sino que mucho antes de acabarse la fachada principal y la que da á la plaza de Oriente, apresuróse á habitarle la familia real, pésimamente alojada hasta entonces en el malamente llamado palacio del Buen Retiro. En la fachada que da frente á las cocheras construyóse una galería de cristales, amplia, prolongada y provisional, según parece, puesto que no existe hace ya muchos años. Con esta galería comunicaban el departamento de camaristas de la reina y las habitaciones del príncipe de Asturias D. Luis, y ambos aposentos estaban separados por una alta verja de hierro que cortaba la galería. El príncipe había instalado en ésta una parte de su colección ornitológica viva ó disecada, porque el sol la bañaba de lleno, cuando comenzaba á declinar, alegrando no poco á los pájaros vivos, que eran la mayor parte. A uno y otro lado de la puerta que desde las habitaciones del príncipe daba acceso á la galería, veíanse clavados al muro por las alas extendidas un ejemplar de un alcotán armenio y otro de una gigantesca águila de los Andes. Excepto estos dos *difuntos*, las demás aves, animadas por el sol, bullían, piaban y revoloteaban en jaulas extensas y primorosas. Había además una larga pihuela, á la que se agarraban diez ó doce loros procedentes de varios países, gritando y *charlando* á más y mejor. Uno de ellos era fenomenal, y para mí hubiera sido inverosímil, á no haber conocido otro semejante en Llerena en casa de un amigo mío. El loro del príncipe de Asturias, originario de Valparaíso, muy viejo y muy grande, tenía, como el que yo vi, cualidades excepcionales. Todas las aves parlantes alcanzan poco más ó menos las mismas aptitudes: hablan con relativa claridad, aprenden y cantan lo que se les enseña y repite, pero sin conexión y á á tontas y á locas, como vulgarmente se dice. Pues bien: el loro del príncipe tenía lo que el loro de Llerena, que oí yo con admiración: tenía *retentiva*, *memoria*, y especialmente don de imitación. Un día el loro de Llerena comenzó á charlar un diálogo, imitando dos voces mujeriles que disputaban. La familia y yo le oíamos sorprendidos, y la señora de la casa aumentó nuestra sorpresa diciendo:

– ¡No lo creería á no oirlo! El loro está imitando una riña que tuvieron hace tres ó cuatro días dos vecinas del callejón de al lado. Pero lo maravilloso es lo bien que remeda las voces y detalla los dicharachos.

Al loro del príncipe D. Luis llamábanle en su país *Bocón*, probablemente aludiendo á lo mucho que hablaba; pero el príncipe le varió el nombre, poniéndole, según su costumbre, uno histórico ó novelesco. Llamóle, pues, *Ferragús*, quizá por su extraordinaria alzada y en recuerdo del gigante que figura en la *Historia de los doce Pares de Francia*, del arzobispo Turpín. La pihuela de los loros estaba en un extremo de la galería, próxima á la verja que separaba el departamento del heredero de la corona del de las camaristas de la reina.

Han sido precisos estos detalles para comprender los hechos subsiguientes, que prueban una vez más lo mucho que en repetidas ocasiones influyen pequeñas causas en acontecimientos importantes.

IV

En los días fríos de invierno, especialmente cuando estaba ausente su hijo, el rey gustaba de pasear por la galería de cristales á la hora en que el sol la bañaba de lleno. Al propio tiempo examinaba los libros, armas y pájaros raros reunidos por aquél, pareciéndole que en aquel departamento respiraba algo de efluvio filial.

Una tarde el rey estaba allí como de costumbre. El príncipe corría liebres en el terreno que hoy se llama *Venta de la Rubia*, y el preocupado monarca, siempre pensando en su heredero, registró primeramente las habitaciones, buscando por el indicio de un objeto cualquiera la clave de las excentricidades de aquél.

Cansado de explorar inútilmente los aposentos, salióse á la galería á tomar el sol y ver los pájaros.

Casi todos éstos bullían y gritaban: sólo *Ferragús*, el loro fenomenal, parecía dormir asido á su pihuela. Pero á poco rato, molestado quizá por los pasos del rey, se despertó, desperezóse, alargó la cabeza, abrió á medias las alas y comenzó á charlar.

El rey, como toda la gente de palacio, se fijaba mucho en *Ferragús*, pues ciertamente eran extraordinarias la claridad y facilidad con que imitaba la voz humana.

Aquella tarde el loro del príncipe, bien así como el loro de Llerena antes mencionado, dialogaba. Unas veces su acento era varonil y algo gutural, y otras pretendía imitar el habla suave de una mujer.

El rey, que paseaba por la galería, detúvose á escuchar á *Ferragús*.

– ¡Basta, señor!, decía el loro en voz de falsete; esta noche es la última que salgo á la galería. Por no desairar á V. A. comprometo mi honra, que es lo único que poseo.

– No, Irene, proseguía diciendo el loro con acento varonil; posees mi amor, ¡qué digo!, mi adoración. Eres árbitra de mi buena ó mala suerte y tal vez de la del pueblo que estoy llamado á gobernar.

– Señor...

No marco las variantes de inflexión de voz, pues sería agraviar la penetración del lector.

– Sí, Irene, proseguía diciendo *Ferragús*. En ti consiste que yo sea un buen rey ó un mal hombre. No concibo ni vida ni porvenir sin tu amor; por tanto, es inútil que te resistas: has de ser mía, y pronto, porque no puedo sufrir más.

– Pero, señor, reflexione V. A. Legítimamente, yo jamás puedo llegar hasta V. A.; y aunque pobre, no soy tan obscura para poder ocultar mi falta. Mi falta produciría un escándalo y el desabrimiento de algunas familias respetables.

– El amor lo disculpa todo.

– Yo no puedo amar á V. A. á tanta costa.

– Mira, Irene (aquí el acento del loro se hacía más gutural), he pensado mucho en los obstáculos que me presentas, pero todo en balde. Estoy condenado á la contrariedad eternamente y á reprimir mis aspiraciones. Esto me irrita: el príncipe de Asturias es impotente para todo. Siento dos pasiones absorbentes invencibles: una, tal vez pudiera distraerme de la otra, y ambas se me resisten redoblando mi desesperación.

– ¿Dos pasiones, señor?

– Sí, las dos más violentas que existen quizá: el amor y la ambición.

– ¡Ah! Pero ¿qué puede ambicionar el príncipe de Asturias?

– El trono. A ti sola he dicho esto. Nadie en el mundo creo que ni siquiera lo ha sospechado. Hallarán natural que aspire al poder supremo para el que he nacido, pero sin prisa, cuando me llegue la hora, y... no es así.

– ¡Ah, señor!

– Cuento el tiempo que me separa de esa hora, año, día, minuto por minuto. Yo no quiero ser el segundo, sino el primero: no me resigno á ser satélite, sino astro. ¿Comprendes, Irene?

– Difícilmente. ¡Con un padre tan cariñoso y un rey tan bueno!...

– Pues bien, Irene: te vi, y yo, que no soy tierno ni vicioso, sentí en mí algo desconocido, algo suave

y halagador porque está exento de todo remordimiento. Para ser rey tengo que desear la muerte de mi padre, y esto es odioso; para ser feliz contigo, sólo necesito amarte y que tú me ames. Mi corazón agitado por estas dos aspiraciones, se secaba por no poder dilatarse y el día menos pensado va á estallar con ruidoso estrépito.

–¡Oh, señor!...

–Sí, Irene; no estamos ya en los tiempos en que los príncipes mataban á sus padres para heredarles; pero el amor, que es eterno, exasperado en mí por tu caprichosa frialdad, será causa de que el mejor día rompa esta maldita reja que nos separa, y te haga mía á pesar tuyo y del escándalo y de todo el mundo...

El rey oía al loro con asombro y avidez. De repente *Ferragús* interrumpió su charla y se puso á cantar. El rey quiso excitarle repitiendo las frases que le había oído; pero el loro se dedicó á cantar con gran precisión, primero la marcha valona, la de infantes, la real, sin hacer caso del rey, que comprendiendo que ya no podría saber más ó que sabía bastante, se dirigió á su aposento, consternado y meditabundo.

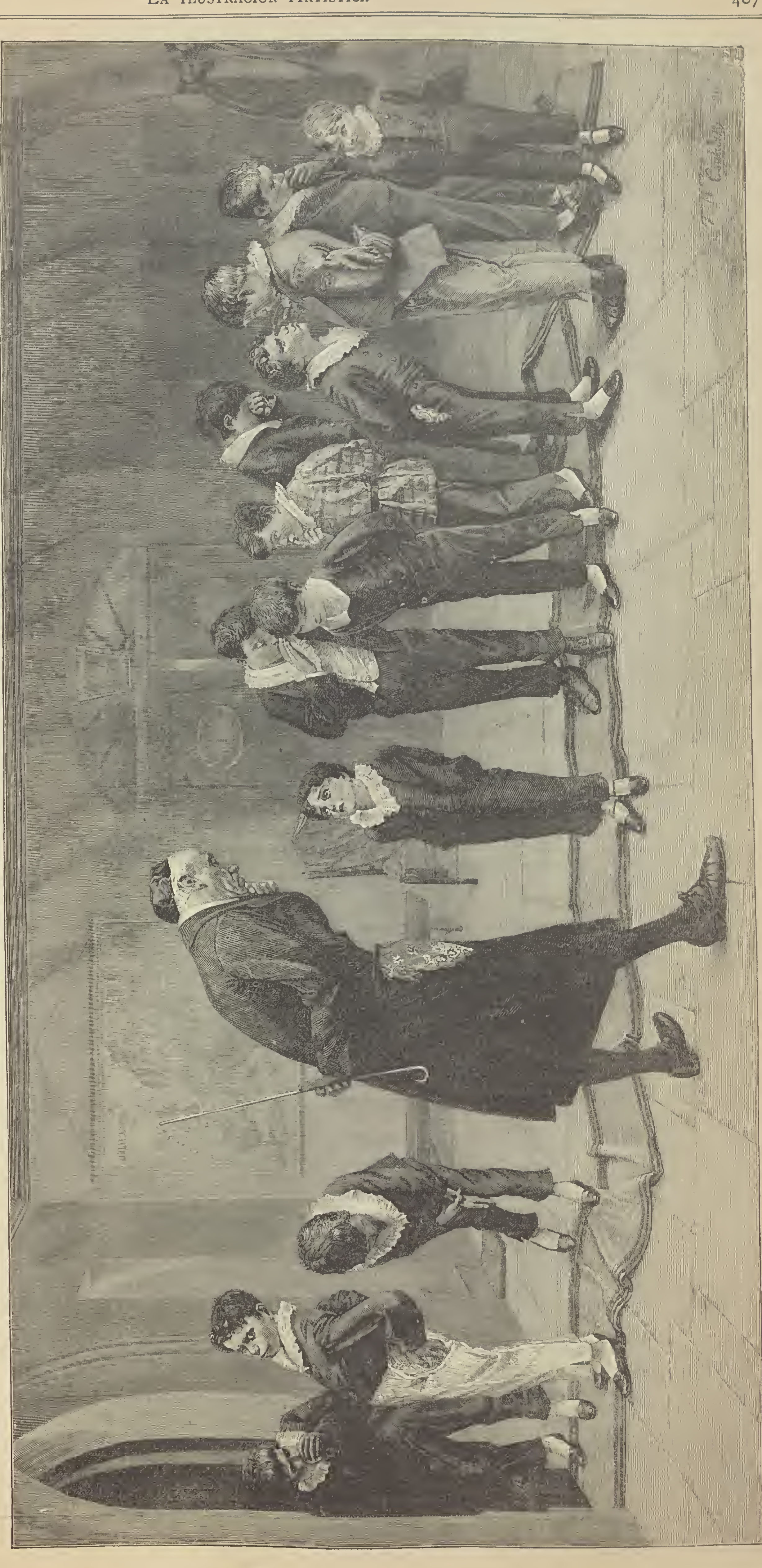
Dejóse caer en el sillón de su mesa de despacho, y apoyándose en ésta, comenzó á pensar en lo que acababa de oir á *Ferragús*. Era la charla de un loro; pero aquella charla no podía menos de tener un fundamento. Era indudable que el loro repitió lo que había oído á dos interlocutores situados á uno y otro lado de la verja que separaba la galería, y era indudable también que uno de ellos era el príncipe. ¡Irene! El rey al principio no se daba cuenta; pero luego recordó que la reina tenía una camarista de este nombre, de quien se hablaba mucho por causa de su delicada belleza y mucha discreción, dada su edad.

De suerte que estaba aclarado el enigma por modo inaudito y providencial. El príncipe de Asturias, tan reservado y al parecer tan frío, se abrasaba en dos pasiones subyugadoras. Amaba á una mujer relativamente humilde que se le resistía, y ambicionaba un trono que consideraba lejano. No cometería un crimen para obtenerle, pero harto se traslucía que deseaba la muerte de su padre.

¡Pobre padre y pobre rey!

V

La servidumbre femenina de la reina de España componíase de damas de honor, que pertenecían en su mayor parte á la grandeza y que no tenían domicilio en palacio. Luego había otra clase llamada de camaristas, de inferior rango, compuesta de jóvenes de familias pobres, aunque linajudas y algunas ilustres. Las camaristas habitaban en palacio, servían á la reina en oficios algo más elevados que los de las azafatas, y en alguna ocasión tomaban parte en las fiestas palatinas. Entre las camaristas de la reina había una joven de diez y ocho años de edad, llamada doña Irene Bohorques de las Asturias, entroncada con las familias de Belgida y de Maceda. Fué desde muy niña huérfana de padre y madre, y habíase educado en Santiago de Galicia, al amparo de una anciana condesa de aquel segundo título. Sólo hacía seis meses que Irene servía en palacio, más que por su belleza, que no era deslumbrante, por su inteligencia, juicio y compostura. Irene era más que hermosa: era bonita, expresiva y delicada. Blanca, rubia, delgada, de ojos azu-



LA LETRA CON SANGRE ENTRA, cuadro de Tomás W. Couldery

EL CONDE DUQUE DE OLIVARES, cuadro de D. Diego Velázquez

les y halagüeños, ofrecía un notable conjunto de delicadeza y de nativa elegancia.

El rey tomó informes minuciosos respecto á ella, y como no cabía duda de que el loro *Ferragús* aludía á ella en su charla, puesto que no había otra Irene en Palacio, mandóla llamar á su presencia con el mayor sigilo posible.

Presentóse la joven camarista al monarca; éste encerróse en su despacho con ella, y después de examinarla con atención, le dijo:

– ¿Supones por qué te he mandado llamar?

– Sí, señor, contestó Irene con acento tranquilo; V. M. se adelanta á mis deseos. Hace días que pensaba hablar, no á V. M., sino á la reina, mi señora.

– ¿Se trata del príncipe de Asturias?

– Sí, señor, contestó la camarista bajando los ojos.

– Creo estar bien enterado, repuso el rey.

– Tanto mejor, señor. Así me evitará V. M. una explicación enojosa. Veo que mis previsiones se han cumplido y que en palacio se sabe lo que parecía tan reservado.

– Pues tanto mejor para ti y... para todos. Tú debiste ser la primera en evitar un conflicto.

– Por evitarle he callado, señor. El carácter arrebatado del príncipe me da miedo. Pero á tal extremo han llegado las cosas, que vale más acabar de una vez.

Irene entonces, alentada por la bondad del rey, enteróle de la incesante obsesión del príncipe respecto á ella, de las citas en la galería, á las que había tenido que acceder por evitar mayores males, y solicitó la intervención del monarca para salvar su honra comprometida. La camarista no habló al rey de las ambiciosas revelaciones del príncipe, pero aquél ya las sabía, dando entera fe á las charlatanerías del loro *Farragús*. Esta parte de la aspiración de su hijo era lo que más preocupaba y entristecía al monarca: por lo demás, poco hubiérale importado una intriga amorosa del príncipe, después de todo tan propia de la edad de éste. Es más: como el rey, aunque era un hombre honrado procedía de un país y de una corte disoluta, y suponiendo que un capricho ó pasión colmados distraerían al príncipe de sus ambiciosos pensamientos, insinuó á Irene la conveniencia de acceder á las pretensiones de éste, aunque valiéndose de perífrasis y reticencias.

Pero la camarista era un carácter. Educada en un medio piadoso y tranquilo, tenía alta idea de los deberes morales. Escuchó al monarca pálida de indignación á veces, y á veces roja de verguenza, y sólo el respeto que en aquellos tiempos inspiraba la realeza contuvo la explosión de su pudor ofendido.

Hizo un esfuerzo para reprimirse y contestó tranquilamente al rey.

– Señor, le dijo: no obstante los rectos principios en que siempre me inspirado, si fuese yo una mujer enteramente obscura y desconocida, tal vez haría el sacrificio de mi conciencia; pero llevo un nombre que es el de algunas familias ilustres, y debo conservarle limpio de toda mancha; es más: no sé si lo creerá V. M., si lo que es imposible, el príncipe me ofreciera su mano, no la aceptaría.

– ¡Bah!, interrumpió el rey con acento incrédulo.

– ¡Como lo oye V. M., prosiguió Irene cada vez con más firmeza. Aunque joven, tengo experiencia de la vida y comprendo la suerte que me estaba reservada. Sería despreciada de todo el mundo, incluso el príncipe, no bien se calmaran los primeros transportes amorosos. ¿No tengo razón, señor?

El rey no contestó.

– Así, pues, señor, prosiguió diciendo la camarista, en cualquiera condición el príncipe es imposible para mí y yo más imposible para el príncipe...

– Porque no eres ambiciosa ni le amas.

Inmutóse Irene, aproximóse con arranque al rey y dijo:

– ¡Le adoro!

El rey la miró asombrado.

– Daría la mitad de mi vida porque el príncipe sólo fuese un caballero: aún menos, un hombre obscuro, un menestral, para poder elevarle hasta mí.

– Pues no sé por qué mi hijo no se hace querer.

– Eso me digo yo también. Es más: sé que las pasiones del príncipe son fugaces; pero no puedo remediarlo, le adoro con todo mi corazón. No importa que V. M. sepa esta debilidad mía, puesto que todo va á concluir.

El rey hizo aún algunas insinuaciones, pero todas se estrellaron en la inquebrantable decisión de la camarista.

VI

Poco hiciéronse esperar las consecuencias de la entrevista del rey con Irene.

Dos días después era domingo: la joven salió de palacio á las nueve de la mañana para, según su costumbre, oir misa en el templo de las Descalzas Reales. Acompañábala como siempre una anciana azafata, y ninguna de las dos volvió á presentarse en el regio alcázar.

Esta desaparición dió mucho que hablar. Nadie sabía á qué atribuirla, aunque los perspicaces la relacionaron con el aspecto poco natural del rey y del príncipe de Asturias.

Cuando á las familias de Belgida ó de Maceda preguntábanlas por Irene, su deuda, contestaban con evasivas ó indicando á lo más qué se hallaba en un convento. Y así debía ser: la pobre joven fué sin duda una de tantas víctimas sacrificadas á las conveniencias sociales.

El príncipe pareció no ocuparse del *eclipse* de Irene, pero el rey supo que hacíala buscar con ahinco. Poco á poco el carácter de aquél fué agriándose cada vez más. Estaba la mayor parte de los días ausente de palacio, y sus cacerías no eran ya de horas, sino de semanas enteras que pasaba en el valle del Lozoya, en el Guadarrama, en la Albufera de Valencia y en la Sierra de Córdoba. Apenas veía á sus padres, y habíase hecho insoportable á su servidumbre. El rey, que conocía la causa de su desabrimiento, sufría lo indecible; pues cuanto más ingrato era aquel hijo, más le adoraba, como suele suceder.

Un día se supo con asombro en España y luego en las cancillerías extranjeras que S. M. C. el rey D. Felipe V de Borbón abdicaba la corona en su hijo el príncipe D. Luis, y he dicho con asombro, porque causábale en efecto el que un monarca tan querido, aún en buena edad y salud, tomase tan inexplicable determinación. Hiciéronse muchos comentarios; pero ¿quién había de fijarse en la verdadera causa, en esa causa por la que en el *gran todo* universal, las cosas pequeñas se concatenan á las cosas grandes?

Proclamado rey de España D. Luis I, pareció salir de su apatía. Dedicóse á organizar el ejército, del que antes no se había ocupado. Amplió la guardia real y creó diez y nueve regimientos de línea; lo cual hacía suponer que tenía ideas belicosas. Pero fué en balde su actividad.

De resultas de un enfriamiento en la Casa de Campo, el novel monarca contrajo unas intermitentes que no pudieron ser atajadas, y murió á los pocos meses de haber subido á aquel trono tan codiciado.

El rey D. Felipe V volvió á empuñar con gran contentamiento del pueblo español el cetro que había abdicado, lo cual sin duda hizo decir al P. Isla en su poético *Compendio de la Historia de España:*

Relámpago ugaz Luis se huyc
Y el sol que nos quitó nos restituye.

F. MORENO GODINO

MISCELANEA

Bellas Artes. – La Asociación de Artistas alemanes de Roma está haciendo grandes trabajos para que el gobierno prusiano ó el del Imperio construya en la capital de Italia un edificio para los alemanes que allí se dedican al cultivo de las bellas artes: en él habrá talleres para los pensionados y para los transeuntes, salones para exposiciones y jardines y azoteas para los estudios al aire libre: el costo de las obras, según el plano presentado al ministro, será de 400 á 600 000 pesetas.

– El ilustre compositor Saint-Saens está completando la ópera *Brunequilda* que el maestro Guiraud, recientemente fallecido, dejó sin terminar. La ópera, cuya acción tiene lugar en la época merovingia, tendrá cinco actos, de los cuales hay terminados tres.

– En la sala del Casino de Colonia se celebra actualmente una exposición de dibujos, acuarelas, croquis y fotografías de obras del arquitecto de aquella catedral, Federico Schmidt, recientemente fallecido: el producto de la exposición se destina á un monumento que la citada ciudad alemana piensa dedicar al ilustre artista, que con gran éxito se dedicó al cultivo del arte gótico.

– Se ha inaugurado en el Palacio de Cristal de Munich la sexta Exposición internacional de Bellas Artes: contiene 2.900 obras, en general muy buenas. Entre las secciones extranjeras, las que mayor número de obras contienen son la holandesa, la belga, la americana, la italiana, la húngara, la danesa, la sueca y la francesa; en cambio Inglaterra, España y Polonia han enviado muy pocas.

Teatros. – En el Nuevo Teatro de la Opera, de Londres, ha debutado Sarah Bernhardt con la *Cleopatra*, de Sardou, obra que no ha logrado entusiasmar al público inglés, el cual en cambio no ha escaseado sus aplausos á la famosa actriz francesa. El éxito de *La Tosca*, del propio autor, ha sido mucho más satisfactorio.

– La Sociedad de grandes audiciones musicales en Francia, que tiene por objeto dar á conocer obras maestras inéditas de músicos franceses y crear un nuevo centro artístico para las obras musicales contemporáneas, ha dado en la Opera Cómica de París una audición de *Los troyanos*, de Berlioz, que ha sido aplaudida con entusiasmo.

– En Londres se están cantando actualmente las óperas de Wagner en el Covent Garden y en la Opera Italiana, habiéndose puesto en escena hasta ahora *Lohengrin*, *El buque fantasma* y *Siegfried*, y estando en preparación todas las demás que componen el ciclo musical del gran maestro de Beyrouth.

– En el Teatro de la Corte, de Dresde, ha sido recibida con gran aplauso la ópera de Mascagni *El amigo Fritz*.

Barcelona. – La compañía que dirige con tanto acierto el señor Mario ha estrenado en el teatro de Novedades *El obstáculo*, de Daudet, arreglado á la escena española por el Sr. Mario (hijo). El éxito alcanzado fué bueno, lo cual se debió más al acierto con que el traductor ha vertido al castellano la obra y á la perfecta ejecución que á ésta cupo, que al mérito de la misma, que en muchos pasajes resulta muy inferior á lo que era de esperar del autor de *Tartarín*, *L'Inmortel*, *Nouma Roumestán* y tantas otras joyas de la novela francesa contemporánea.

– En el Teatro Lírico, la compañía de la Sra. Tubau de Palencia ha puesto en escena el drama del Sr. Sellés *Las Vengadoras:* el público, sin dejar de reconocer las muchas bellezas de forma que encierra esta obra, se ha mostrado un tanto reservado por la crudeza del argumento y de algunos conceptos que, sin embargo, ha tolerado en otras ocasiones cuando se ha tratado de obras del teatro francés. También ha estrenado con éxito excelente *María Egipciaca*, hermosa comedia en tres actos de fondo y forma intachables, original del Sr. García Santisteban, que tantas y tan buenas producciones ha dado á la escena española.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Juan Bonassieux, célebre escultor francés que obtuvo en 1836 el primer gran premio de Roma, una medalla de 1.ª clase en el Salón de 1845 y la cruz de la Legión de Honor cuando la Exposición Universal de 1855.

Teodoro Menke, ilustre historiador y geógrafo alemán.

Teodoro Meynert, uno de los primeros psicólogos y frenópatas de Alemania, profesor de Psiquiatría y jefe de la primera clínica psiquiática de la Universidad de Viena: sus estudios sobre la estructura y funciones del cerebro le conquistaron fama universal.

Pío Fedi, famoso escultor italiano, apasionado cultivador del arte clásico, autor de los monumentos del general Fanti y de G. B. Nicolini, existentes en Florencia, y del grupo *Rapto de Polisena*, que es sin disputa su mejor obra.

NUESTROS GRABADOS

Monumento al general Grant. – El día 27 de abril último el presidente de la república de los Estados Unidos de América puso la primera piedra del grandioso monumento que pronto se alzará en el hermoso *Riverside Park* de Nueva York y cuyo proyecto es debido á Mr. John H. Duncan. Frente á la entrada se verá una colosal estatua ecuestre del general y sobre aquélla se extenderá un pórtico con los escudos de los distintos Estados de la Unión y encima una cornisa con armas y estandartes. En el espacio interior abierto y en el centro de una gran sala se elevará el sarcófago de granito donde descansarán las cenizas de Grant, y en un costado habrá una escalera que conducirá á una galería situada á 122 pies sobre el nivel del suelo. Cuatro estatuas ecuestres de generales que acompañaron el héroe de la Unión en la guerra del Sur se asentarán sobre las cuatro columnas dóricas de la entrada, y en los paños del Este y del Oeste se fijarán bajos relieves con los retratos de otros jefes que pelearon á las órdenes del gran caudillo. Un grupo alegórico rematará el monumento, de cuya grandiosidad y magnificencia pueden formarse perfecta idea nuestros lectores por el grabado que reproducimos, por el cual se ve que la gran nación americana paga de una manera digna la deuda de gratitud contraída con el que así en los campos de batalla como en su gestión gubernativa tantos días de gloria dió á su patria.

La letra con sangre entra, cuadro de Tomás W. Coulderly. – ¡Cuánto ha cambiado el sistema pedagógico de algunos años á esta parte! Desde la lóbrega escuela donde el niño aprendía llorando, hasta los modernos jardines de la infancia donde el párvulo se instruye jugando y riendo, la distancia recorrida es inmensa, tanto cuanto inmensa es la diferencia entre los resultados obtenidos por uno y otro procedimiento. Antes se estudiaba por evitar un castigo; y casi siempre pasado el peligro, olvidada la enseñanza: hoy se aprende por conveniencia, por proporcionarse un gusto; y lo aprendido, difícilmente se borra del entendimiento. Sugiérenos estas reflexiones el sentido cuadro del pintor inglés Coulderly, y al ver aquella colección de criaturitas con el miedo pintado en el semblante y haciendo esfuerzos por dar con una contestación á la pregunta, quizás ininteligible, del severo dómine, mentira nos parece que con tal sistema haya podido alguien instruirse, y más imposible se nos antoja todavía que aún se practique en algunos puntos el procedimiento absurdo y bárbaro que se basa en el aforismo necio de *La letra con sangre entra*.

El conde duque de Olivares, cuadro de D. Diego Velázquez. – Por uno de los mejores lienzos salidos del pincel de Velázquez se reputa el cuadro que reproducimos, y aun se cree que á él fué debido el nombramiento de pintor de cámara que otorgó Felipe IV al que más tarde había de contribuir con sus maravillosos retratos á inmortalizar al monarca amigo de artistas y poetas. Con decir que como uno de los mejores se le conceptúa, queda dicho cuánta es su valía, acerca de la cual no hemos de llamar la atención de nuestros suscriptores, porque relatar las bellezas de una obra de Velázquez en presencia de la misma ó de su reproducción nos parece petulancia tan ridícula como ponderar las del *Quijote* á quien lo esté leyendo: si el que ve la una ó lee el otro las siente, la explicación no hace falta; y si no las siente, la explicación... sobra.

Medalla conmemorativa del 4.° centenario del descubrimiento de América, premiada por la Academia de San Fernando, proyecto de don Francisco de Asís López. – La bonita medalla que reproducimos, destinada á conmemorar el más grande de los acontecimientos de la Edad moderna, cual es el descubrimiento de América, fué premiada con *accésit* en el concurso abierto en Madrid por la Academia de Bellas Artes de San Fernando, en el que tomaron parte artistas de varias naciones, ya que el certamen tuvo carácter internacional.

El autor del proyecto, D. Francisco de Asís López, distinguido acuarelista y profesor de la Escuela de artes y oficios de Logroño, ha dado muestra de sus aptitudes y cualidades artísticas, produciendo una obra de verdadero mérito. La recompensa alcanzada significa un triunfo, dadas las condiciones y fin del concurso.



¡Qué placer volver á encontrar á un buen amigo, sobre todo cuando en su compañía se han recorrido los mismos países!

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Una leyenda rusa, según me explicó la señorita Vathkounine, la niña más graciosa y traviesa que he conocido, pretende que tenemos en el corazón, al nacer, una colección de huevecillos del color de la aurora, cada uno de los cuales contiene un amor que solamente espera una mirada de mujer para abrirse. Las de Magdalena habían sido tantas y tan ardientes, que en tal caso, toda mi serie debía de haberse abierto á la vez. Sin embargo, nada alimentaba nuestro amor; fieles al convenio que hicimos, no nos habíamos escrito nunca; mis padres no me daban noticias de Magdalena; hallábame tan lejos de ella como si estuviese en los antípodas, y he aquí por qué, á pesar de mi gran confianza, apoderábase de mí la inquietud algunas veces. ¿Qué hacía Magdalena? ¿Pensaba en el ausente? Tal vez habría ido á Aix-en-Provenza para ver á su tía la señora de Branges.

Hacia fines de la primavera, en mayo, tuve una gran alegría. Luis llegaba de Numea, á bordo de la goleta *La Caprichosa*, cuyo mando se le había confiado, y fué á desarmar su buque en el puerto de Tolón, donde se reparaban algunas averías en el casco del *Impetuoso*. ¡Qué placer volver á encontrar á un buen amigo, sobre todo cuando en su compañía se han recorrido los mismos países! ¿Estaban tranquilos los canacas? ¿Era el paso del Bulari tan ancho como antes? ¿Y las mujeres? ¿Qué había sido de la tabernera de Conneau? ¿Ibas con frecuencia á Sidney? ¿Daba á menudo recepciones el gobernador? A estas y otras

muchas preguntas que yo repetía con insistencia debió contestarme Luis para satisfacer mi curiosidad.

Ahora que yo amaba á Magdalena, causábame mucha más alegría ver de nuevo á Luis, pues parecíame que era una parte de ella misma. ¿No corría por sus venas la misma sangre? Además, podíamos hablar de su familia; Magdalena le escribiría seguramente, y tal vez en su amistoso abandono, Luis me enseñaría la carta.

Grandes deseos tenía yo de elegirle por confidente, pues al menos habría tenido alguno con quien hablar de ella; pero Magdalena me lo había prohibido, y por otra parte, yo no me atrevía. ¿Quién sabe cómo hubiera acogido mi confesión? Su carácter leal le inducía siempre á ir directamente al objeto. ¿Has hablado á tus padres y á los míos?, me hubiera preguntado al punto. ¿No? Pues bien: es preciso hacerlo, y después veremos. Estaba convencido de que le habría disgustado saber que comencé por dirigirme á su hermana.

Apenas recibió noticias de Versailles, comunicómelas como era natural. La misma Magdalena le escribía, diciéndole entre otras cosas que le esperaba con impaciencia; referíale los incidentes ocurridos en la ciudad, el casamiento de Clara Trevoix, la enfermedad del perro y otros hechos de poca importancia; hablaba un poco de todo, de las confituras que acababan de hacer, del reumatismo del general Songraix, de su mamá, siempre hermosa y buena, y de los preparativos que se hacían para recibir al querido hermano. La carta terminaba con algunas palabras sobre el amigo Pedro, que debía hallarse en Tolón y al que enviaba sus afectos. A esto se reducía todo.

Luis me pedía también á menudo noticias de mi familia; preguntábame si Juana había cantado mucho durante su ausencia, y me dijo que traía para ella varias composiciones de Australia muy originales y algunos dijes que sin duda le agradarían. Por último, el 13 de marzo, estando ya desarmado su buque, vino á despedirse y á recibir mis encargos, y á las cuatro de la tarde marchó en el tren expreso, en el que yo hubiera querido acompañarle y que le conduciría hacia París.

Después de su llegada me escribió á menudo, y comprendí que Magdalena no le había dicho nada de nuestras relaciones. Apenas me decía algunas palabras sobre ella, pero sí lo suficiente para tranquilizar mis celos. En cambio, procedía con tanta delicadeza y conocía tan bien el afecto que yo profesaba á mi hermana, que no dejó nunca de darme noticias de mi familia y sobre todo de aquélla. ¡Si yo hubiera podido sospechar entonces!...

Un día, cuando yo esperaba de un momento á otro mi nombramiento, recibí una carta que me causó el mayor placer: era de Luis, y no me hablaba más que de mi familia, de Juana y de nuestros compañeros de Tolón; pero sin duda se la había dado á Magdalena para què la leyese, y ella fué quien escribió las señas y cerró el sobre. Entre las hojas del papel encontré un pedacito de cinta que parecía haber sido arrancado apresuradamente, y sobre la escritura de Luis, trazadas con lápiz rojo, estas dos palabras, puestas á manera de pregunta y respuesta:

«¿Siempre?»

«¡Siempre!»

¡Querida Magdalena! ¡Cuántas veces besé estas dos palabras! ¿Y por qué me sonrío ahora tan tristemente al evocar esos recuerdos de la primavera del corazón, cuando á ellos he debido tantos días de felicidad? No era, sin embargo, más que un sueño de amor; pero aún me pregunto, como Jocelyn: ¿Qué será el amor cuando tan dulce es soñar con él?

He estrechado muchas mujeres entre mis brazos; he dicho todas las palabras que la pasión amorosa sugiere, y tal vez haya inventado otras; pero jamás experimenté una dicha tan perfecta como junto á ti, Magdalena, teniendo tu mano en la mía, clavados en los tuyos mis ojos y sumidos ambos en silenciosa contemplación.

Hay mujeres que esclavizan por la carne, por la costumbre de la posesión, por sus vicios; pero ¿por qué nos somete una joven pura? ¿Por el deseo? No, porque el deseo no se siente en la ausencia. Debe haber algo mejor que esto, algo como una especie de afinidad intelectual, misteriosa, inexplicable.

Tal vez, como dice Sully Prudhomme, los ojos conservan la imagen de las primeras facciones amadas que los hicieron llorar...

***

Rada de la Goleta, octubre de 1881

Mi nombramiento se hizo esperar un poco más de lo que yo pensaba, pues no obtuve mi nuevo grado hasta el 1.° de septiembre de 1878. En la mañana del 3 llegué á Versailles, y fué un día de gran regocijo para todos: para Magdalena, á quien pude ver un momento, pretextando que iba á estrechar la mano á Luis; para mis padres, que cifraban en mí todo su orgullo, consagrándome su afectuoso cariño, siendo tal vez desgraciadamente mayor el primero que el segundo; y por último, para mí, que me veía tan tiernamente amado. Tal vez en demasía, pues pensé al punto en las lágrimas que haría correr, fuera cual fuese la resolución que adoptara, sin contar los padecimientos que yo mismo iba á sufrir. En efecto, muy pronto comprendí que mi familia alimentaba la misma mala voluntad contra los Nessey, considerándolos siempre como enemigos que trataban de arrebatarle lo que ella más quería: yo, el hijo, el orgullo de la casa.

Tambien eché de ver muy pronto que el tiempo había traído nuevos elementos de tristeza y de acritud. Mi padre había envejecido; una caída que sufrió, y de la que nada habían querido decirme para no ponerme en cuidado, había disminuído en mucho su enérgica actividad; la influencia del carácter melancólico de mi madre hizo más sombrío el suyo, y raras veces tenía arrebatos como antes. Estaba vencido y desanimado al ver que llegaba al término de su carrera sin haber conseguido realizar sus deseos. En mí solamente cifraba todas sus esperanzas y su ambición.

Juana se mostraba admirable, casi heroica en aquella casa, donde se respiraba la tristeza y el fastidio; apareciendo siempre bondadosa y risueña, sufriéndolo todo con resignación, prodigando una caricia ó una palabra de consuelo, atendiendo solícita á los achaques de sus ancianos padres, sin quejarse nunca, haciéndolo todo sin que se sintiese su mano y sin descuidar por eso la música ni la poesía. Yo la llamaba algunas veces «Picciola,» porque me recordaba á la heroína de la novela de Saintines, la pequeña flor nacida en la prisión.

Sin embargo, á pesar de la austeridad de su vida, Juana estaba más alegre que en otro tiempo y parecía más feliz. ¿Sería por efecto de su resignación, ó hallaba la dicha en la misión aceptada y en el deber cumplido?

Si mi amor, egoísta como lo son todos, no me hubiera hecho indiferente á cuanto pasaba á mi alrededor, tal vez habría observado que su contento coincidía con la presencia de Luis, quien nos visitaba á menudo. Seguramente la pobre muchacha no soñaba en ver un esposo en mi amigo, pues había resuelto valerosamente no casarse nunca, y el principal origen de su sacrificio partía de su propio corazón; pero había un pequeño arroyo alegre, deliciosamente murmurador, que brotaba de una simpatía, más bien adivinada que marcada, y que era suficiente para reanimar el valor de la joven. Mis padres eran tan ciegos como yo, si no más, porque atribuían á intrigas de la señora de Nessey las asiduas visitas de Luis á nuestra casa. No ignoraban que yo amaba á Magdalena, ó más bien – así lo decían ellos – què yo creía amarla, pues avergonzado de ocultarme, se lo había confesado á los pocos días de mi llegada; pero como no era cuestión de casamiento inmediato, contentáronse con escucharme sonriendo, pues alimentaban la secreta esperanza de que el tiempo me iluminaría. Todo lo esperaban del tiempo y suplicábanme que siguiese reflexionando.

Les dije que había reflexionado lo bastante; que la prueba de mi ausencia era segura garantía de la intensidad y duración de nuestros sentimientos, y que habíamos pensado en todo, hasta en lo más odioso, por necesario que fuese, es decir, el dinero. Cierto que Magdalena no tendría dote, pero su padre le pasaría una pensión que...

– Mientras conserve el destino que desempeña, interrumpió mi madre, y aun gracias. Ya sabemos cómo se cumplen las promesas hechas antes del matrimonio.

Repliqué que más tarde Magdalena heredaría una parte de los bienes de su madrina; pero esta esperanza fué acogida con la misma sonrisa escéptica que lo que dije acerca de la pensión. Entonces añadí que nuestros gustos eran modestos; elogié el orden y la economía de Magdalena, su habilidad en todos esos quehaceres femeniles que embellecen el hogar más sencillo, y la comparé con Juana, cuya actividad reconocían todos. En fin, expuse cuantos argumentos consideré capaces de conmover á los míos, pero solamente obtuve estas palabras de mi padre:

– Reflexiona un poco más, hijo mío, reflexiona bien, y dentro de un mes ó dos háblanos otra vez del asunto.

Mi madre dijo con más energía, á pesar de su carácter débil:

– No, jamás consentiré; ¡estás loco, mi pobre Pedro, y nos contristas!

En resumen, la resistencia había sido menos tenaz de lo que yo esperaba y parecióme no haber hecho mal en hablar de mis proyectos apenas llegado. Confiaba en permanecer largo tiempo en tierra esta vez, y á fuerza de insistencia acabaría indudablemente por arrancar el consentimiento que me era necesario, puesto que sin él Magdalena no entraría jamás en nuestra casa, aunque debiera sacrificar su corazón y el mío. Todos los días, todos los días bajo una forma ú otra renovaba mi paciente ataque, sin conseguir nunca vencer la fuerza inerte que se me oponía.

– Nos has prometido esperar dos meses, decía siempre mi padre con tristeza; reflexiona y vuelve otra vez apenas haya transcurrido este tiempo.

Cuando di cuenta á Magdalena de mis infructuosos esfuerzos, su orgullo se resintió un poco; pero anteponiéndose á todo su amor, me decía:

– ¡Valor! Persista usted y espere; tal vez ocurra algún incidente feliz que ponga término á esta situación.

– ¿Cómo, qué espera usted?

– Nada y todo, contestábame sonriendo. Nuestra causa es buena y la ganaremos; tengo confianza en nuestro amor y la fe más absoluta en la voluntad. Por otra parte, se lo pido á Dios con gran fervor;... ¡pero necesito tanta misericordia para que se me perdone!

– ¿Y usted y su padre y la señora de Branges?

– ¡Oh! Yo conseguiré mi objeto: Querer es poder, y yo quiero; solamente se necesita saber esperar y no precipitarse.

– ¡Esperar, siempre esperar! También usted me contesta con esta palabra que desespera. ¿No podríamos encontrar algo mejor?

Pero Magdalena, no queriendo comprender mis insinuaciones, consolábame al punto, añadiendo:

– ¿No es fácil esperar cuando uno sabe que es amado?

Y nos abandonábamos uno á otro cada vez más, y de día en día estrechábanse más los lazos que nos unían.

Labán había esperado á su prometida durante siete años, y bien podía yo tener paciencia dos meses; pero ¿qué resultado obtendría al cabo de este tiempo á juzgar por lo poco que había adelantado?

Por fin terminaron los dos meses: yo estaba aburrido ya de tanto esperar y resuelto á dar un golpe decisivo. El amor había exaltado mi cerebro hasta el punto de rebelarme; si no obtenía el consentimiento prescindiría de él; y tal vez pudiera inducir á Magdalena, que no había querido escucharme nunca, á imitar mi ejemplo. De lo contrario, llegaría hasta tender un lazo á su ternura y producir el escándalo, y sería forzoso que nuestra unión, consentida ó no, se efectuase...

Firme en mis resoluciones, cierta mañana, apenas me desperté, fuí á buscar á mi madre; con mucha gravedad le rogué que me acompañase al despacho de mi padre, y una vez allí me expliqué claramente.

– Padres míos, les dije, de rodillas ante ustedes, voy á suplicarles que no opongan más obstáculo á mi felicidad. Mi corazón no ha cambiado, y amo siempre á la señorita de Nessey, como ya saben... Es digna de todo mi cariño y les ruego que la admitan en su casa; entonces seremos dos á bendecir á ustedes...

Mi padre me cogió las manos sin sorpresa ni cólera, y con evidente emoción y aire compasivo me contestó:

– ¡Pobre hijo mío, qué desgraciado me haces!

Mi madre me abrazó y rompió á llorar, mientras que mi padre proseguía:

– Hijo mío, tampoco ha cambiado mi corazón; está siempre lleno de amor para ti, y éste me comunica el valor necesario para hacerte sufrir un momento, convencido de que obro por tu bien. No, yo no podría darte jamás el consentimiento que deseas. Tú obrarás á tu antojo, pero yo no tendré nunca nada que echarme en cara... Te ruego que abras los ojos y deseches tu ensueño, pues por hermoso que te parezca no es más que ensueño... En el matrimonio la pasión no es necesaria para la felicidad; más bien es perjudicial, y sobre todo antes de la unión, porque ciega.

– Padre mío, repuse, la pasión es extraña á mi afecto, pues hace ya más de dos años que amo á la señorita de Nessey.

– La duración importa poco, replicó mi padre; la pasión existe siempre, mientras que no se satisface el deseo. A la edad que tenéis la señorita Magdalena y tú, no se considera el matrimonio desde su verdadero punto de vista; no se comprende sino cuando ya es demasiado tarde. Yo no te aconsejaré que te cases sin amor, no; pero créeme, no se ha de tomar siempre por esposa á la mujer amada... En este caso te hallas tú. Estoy convencido de que la señorita de Nessey es digna del mayor respeto, aunque no me agrada su manera... americana de proceder. No debías haberle hablado nunca de tu amor antes de estar seguro del consentimiento de su familia... y del nuestro. A ella le correspondía callar, más aún que á ti... Todo esto no es regular; todo es pura novela... novela de jóvenes, cuyo desenlace no debe ser el matrimonio. En interés de ambos, detente. No has querido seguir mis consejos, pero aún estás á tiempo.

– ¡Es imposible! Siempre te diré lo mismo y no puedo encontrar nada para convencerte; pero te juro que nuestro amor es reflexivo y no se extinguirá nunca.

– Ya cambiarás de opinión, y por otra parte añadiré que si amaras realmente á la señorita de Nessey con reflexión, sin el menor egoísmo, tan sólo por abnegación deberías renunciar á su mano.

En medio de mi tristeza no pude reprimir una sonrisa, y al observarla mi padre añadió al punto:

– Escucha; yo estaba en el mismo caso cuando conocí á tu madre: ni uno ni otro teníamos fortuna, pero nos amábamos locamente; y no queriendo escuchar á nuestros padres nos casamos. ¿Sabes tú lo que resultó?

– ¡Oh, padre mío! ¿qué vas á decir?

– Tú puedes oirlo y tu madre también. Continuamos amándonos con delirio... durante cerca de un año... ¡Oh! Un año muy dulce. Después viniste tú al mundo, luego Juana, y más tarde Enrique, que murió. Con los hijos comenzó la escasez en casa; siguióse la tristeza con las enfermedades, y entonces...

– Pero eso son cosas de la vida... ¿No erais felices?

Mi padre vaciló, y después moviendo la cabeza, repuso:

– No, no éramos felices ni uno ni otro...

– ¡Padre!...

– No, porque cada uno de nosotros temía que el otro sufriese y se arrepintiera un poco en el fondo del corazón. ¿No es verdad, Marta?

– Es cierto, contestó mi madre. ¡Cuántas veces he padecido al ver á tu padre privarse de lo que más quería, no solamente de los placeres, sino hasta de lo necesario. ¡Cuántas veces me dije al verle entrar en casa grave y taciturno: «¡Quién sabe si se arrepiente!»

– No, querida, replicó mi padre, no me arrepiento de nada...

– ¿Qué más?, pregunté con ansiedad.

– No me arrepiento; pero no se puede evitar que el ánimo se atribule... Y cuando después de haber visto en otros salones, ó en la calle, mujeres elegantes, risueñas y engalanadas, encontraba aquí á tu madre rendida de cansancio, cosiendo vuestras ropas ó remendando medias... ¡ah! vuelves la cabeza... cuando la veía, repito, privada de todos esos adornos que embellecen á las mujeres, cuyo amor necesita algo más que pan para alimentarse, yo también, no pudiendo proporcionárselos, pensaba...

– Pero esas son pruebas de amor..., interrumpí yo.

– Sí, pruebas de amor... que no podemos darnos, que se guardan en el corazón y que le laceran.

– Pero hay otras que los más desgraciados pueden darse, pues vosotros os amabais, según dices, ¿no es así?

Sin contestar directamente á la pregunta, mi padre prosiguió:

– Con los años llegaron las pruebas, que nos hacían más positivos; de modo que solamente hablábamos de nuestras inquietudes, de los plazos que vencían y de graves preocupaciones. Nuestra tarea estaba bien marcada: para tu madre los trabajos manuales, poco poéticos y á veces penosos; para mí las carreras fatigosas y á menudo sin resultado para la educación de los hijos... Por la noche, rendidos de fatiga, nos dormíamos preocupados, siempre por el mismo pensamiento tenaz, ¡el dinero! En nuestro espíritu no quedaba ya lugar para el ensueño y la novela; estábamos unidos en una misma lucha...

– Lo que más apesadumbra, dijo mi madre, es ver esos niños tan graciosos é indiferentes y pensar que ellos también pasarán más tarde por las mismas pruebas... ¡Con qué solicitud se quisiera evitarlo! Y después, cuando son mayores, se tiene el triste valor de martirizarlos, haciéndoles ver las feas realidades de la vida. Dispénsame, hijo mío, querido Pedro, tú á quien me parece ver siempre pequeño;... pero es preciso que deseches tu ensueño, porque le considero irrealizable. No te faltarán otros más tranquilos y no menos felices.

– ¡Que te dispense, madre mía!, contesté abrazándola. Comprendo bien que tu cariño es lo que te inspira; pero en tu orgullosa ambición te exageras los escollos. La señorita de Nessey y yo no estaremos en el mismo caso.

– El mismo, amigo mío, y más penoso aún, dijo mi padre, pues todo es relativo. Gracias á nuestra educación, teníamos aficiones más modestas que las vuestras; mientras que tú, por la posición y el nombre de tu mujer, deberías alternar con una sociedad más rica, más ociosa y más malévola, por lo cual sufriríais más, puesto que padecerían vuestro cariño y vuestro amor propio.

– ¡Y los niños!, añadió mi madre; de ellos debo hablar sobre todo. Piensa en la triste herencia que te hemos legado, y que tú también te verás en la precisión de legarles á tu vez. Piensa en tus hijas, que crecerán y envejecerán sin encontrar marido, y que tendrás siempre delante de ti como una censura viviente... Te has reído con frecuencia de mi economía, que á veces llega hasta la avaricia, no lo negaré, y es posible que ese continuo pensar en el dinero y los cuidados materiales hayan empequeñecido mi cerebro, como dice tu padre; pero mi corazón es siempre el mismo. En ti pienso, y sobre todo en Juana. ¿Qué será de ella después de nosotros si no se casa, como la mayor parte de las jóvenes?

– Pero madre, ¿no estoy yo aquí?

– ¿Tú?, dijo mi padre. Tú eres bueno y generoso, amas á tu hermana, y tu grito parte del corazón; pero voy á molestarte una vez más, preguntándote: ¿pensarás siempre así?

– ¿Puedes dudarlo?

– Cierta noche que hallábamos de matrimonio, debes recordarlo, tu madre te dijo: «¿Y si Juana no se casa?» «Pues no me casaré tampoco, contestaste tú, y viviremos juntos.» Hoy vienes á pedirme la mano de Magdalena... ¡Oh! No es la idea del matrimonio lo que censuro, porque es natural y merece mi aprobación; mas te ruego que no elijas por esposa á la señorita de Nessey.

– ¿No podría mi hermana vivir con nosotros en la triste eventualidad á que habéis aludido?

– Sí, pero sería una carga, y así se lo haríais comprender... No te indignes... Por buena que sea Magdalena, en ciertos momentos se lo haría sentir, porque una madre piensa ante todo en sus hijos. Sería un padecimiento más para ti, sin contar el de Juana.

Al oir estas advertencias, los sollozos se agolpaban á mi pecho, y no pude retener más tiempo una lágrima, pues no esperaba semejantes revelaciones, aquellas cosas tan sencillas, ante las cuales todo impulso se paralizaba.

– Llora, dijo mi madre mezclando sus lágrimas con las mías; llora, porque ese llanto es saludable.

– Pero Juana se casará, dije yo, tratando de aferrarme á esta esperanza.

– Tal vez, repuso mi padre. No quiero que esta duda te detenga, porque así podría disminuir el amor que profesas á tu hermana. Yo soy ya un viejo cascado, pero gracias á la santa economía de tu madre hemos acabado por realizar prodigios. Si Dios me concede algunos años de vida, Juana estará al abrigo de la necesidad, ya que no sea rica, pues todo será para ella. ¿No es así?

– ¡Oh, padre mío!

– Pero te ruego que renuncies á tu ilusión; después vendrá la calma, y más tarde la alegría.

– Ya es demasiado tarde; amo á Magdalena, y se lo he dicho.

– Por su mismo interés debes renunciar; es la mayor prueba de amor que puedes darle. Tú, que tienes más edad, eres quien debe aconsejarla...

– Pero es imposible... no sé cómo decírtelo... ¡La amo tanto! Y ella me corresponde... Si yo estuviera menos seguro de su amor, tal vez tendría fuerza suficiente para sacrificar mi corazón,... pero no el suyo...

– Pues se hace necesario. Vuestro dolor será profundo al principio, pero pasará muy pronto. No contraríes los proyectos del Sr. de Nessey, y ten fe en mi experiencia y mi cariño. Abogo por tu felicidad y la suya... Abrázame, hijo mío, y cree que hubiera querido evitarte este padecimiento. Si yo hubiese sido rico no te le habría causado. Tú nos juzgaste siempre con severidad á tu madre y á mí,... y sin duda nos consideras crueles, sin comprender que nuestro amor nos comunica la fuerza necesaria para martirizarte á ti.. y para martirizarnos á nosotros mismos... Piensa que si te casaras con la señorita de Nessey, de aquí á veinticinco años serías tú quien estaría tal vez en mi lugar, allí en aquel sillón, delante de tu hijo; y piensa también lo que tú sufrirías al hablar como yo lo hago, porque seguramente dirías lo mismo... Y ahora, reflexiona de nuevo; juzga con el corazón del esposo, que deseas ser, del padre de familia, que serás, y no del enamorado, que ya eres... ¡Que Dios te aconseje! Y ahora déjanos, reflexiona, y tu decisión será la nuestra.

Mi padre había vuelto la cabeza al hablarme, y observé que él también lloraba.



Una leyenda rusa pretende que tenemos en el corazón, al nacer, una colección de huevecillos, cada uno de los cuales contiene un amor...

Era la primera vez que veía lágrimas en sus ojos; no pude hacer más que estrecharle la mano sin contestar, y corrí á encerrarme en mi habitación.

– ¡Oh! ¡Cuántas emociones me agitaban y cuánto sufría en aquel momento!... Tanto que ni siquiera podía pensar. Permanecí abismado en mi dolor, sin poder resolverme á tomar partido alguno... ¡Ay! Mi ensueño, sí, lo había sido, debía desvanecerse bruscamente, desgarrado por las tristes realidades de la vida. Había querido dar el primer paso con resolución para asestar un golpe decisivo, y ¿qué encontraba ante mí? Dos corazones débiles, que se habían abierto lacerándose para desarmar mi brazo. ¡Y el nombre de Juana que habían evocado!... Todas esas ideas de sacrificio y de abnegación que desesperan y que mis padres habían desencadenado contra mí...

A la hora de almorzar no me senté á la mesa más que un instante. La comida fué breve: la tristeza nos embargaba. Ni mi padre ni mi madre ni yo teníamos ganas de hablar, y en vano trató Juana de entablar conversación y de dirigirme algunas palabras de consuelo. Me levanté de la mesa antes que los demás, y mi padre, alargándome otra vez la mano, me dijo:

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

CONTADORES HORO-KILOMÉTRICOS PARA COCHES DE PUNTO

(Conclusión)

El contador Santenard se compone de un reloj ordinario que indica la hora exacta y mueve á la vez los mecanismos del contador, de un tambor que mar-

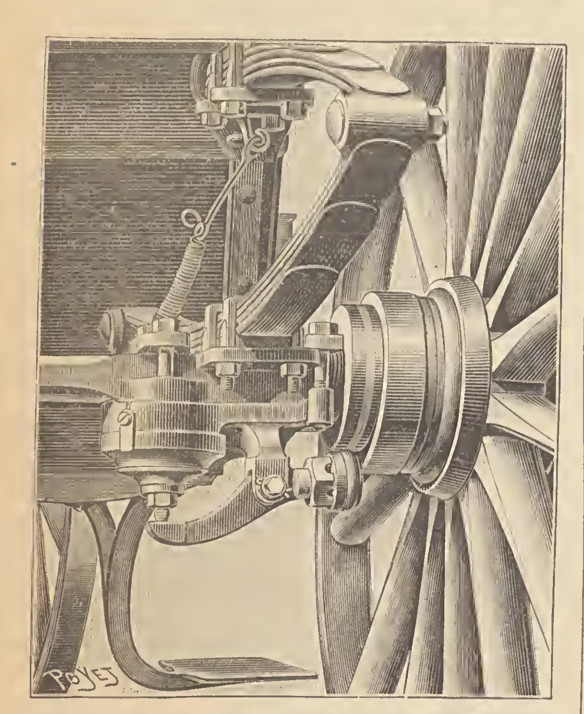


Fig. 1. Contador Santenard. Excéntrico y bomba de glicerina que transmite el movimiento de la rueda al contador propiamente dicho.

ca lo que se ha de pagar, de un sistema indicador del trecho recorrido en kilómetros y hectómetros, de una casilla con las indicaciones *Libre*, *Alquilado*, *Al paso*, de un cilindro registrador que gira con movimiento uniforme y sobre el cual se coloca una hoja de papel en donde se imprime un trazado que indica el camino recorrido, las diferentes velocidades y las sucesivas maniobras del *libre*, *alquilado* y *al paso*, y de un sistema de discos graduados que indican el producto total de la jornada, según el trabajo realizado por el coche. Todos estos órganos son movidos, ora por el reloj del contador, ora por la rueda del carruaje, por medio de transmisiones y de engranajes apropiados á las múltiples funciones que han de desempeñar.

He aquí una descripción sucinta de estos diversos órganos:

Transmisión del camino recorrido por el coche. – El movimiento del coche (fig. 1) se transmite al contador por medio de un excéntrico montado en una rueda que obra sobre una palanca cuyo movimiento se transmite á un pistón compresor de líquido, dispuesto en el contador (fig. 2) para mover las ruedas del precio y del camino recorrido: para evitar la congelación se emplea como líquido la glicerina. Cada vuelta de rueda produce un golpe de pistón. La fig. 2 da una idea del conjunto de los mecanismos detallados en las figs. 3, 4, 5 y 6.

Fig. 2. Vista interior del contador Santenard que presenta el conjunto del mecanismo.

Reloj. – No ofrece nada de particular: es un aparato sólido que puede funcionar veinticuatro horas sin pararse y al que se da cuerda cuando el coche vuelve á la cochera después de terminada su jornada.

Llegada y transformación del movimiento del coche en el contador. – El golpe de pistón, antes citado, se transmite á un segundo pistón P^2 (fig. 3, n.° 2) por medio de un tubo y de un cilindro en el cual se mueve el pistón receptor, y acciona un cuadro metálico O^1 (fig. 5) á cuyos lados verticales hay dos cremalleras *t* y *t'* cuyos dientes obran en sentido inverso y sucesivamente, una en el ascenso y otra en el descenso del pistón, sobre una rueda T á la que imprimen una rotación por intermitencias cuya frecuencia varía según la velocidad del coche. Se tiene, pues, gracias al reloj y á la transmisión del coche dos ejes que giran el uno con velocidad angular uniforme y el otro con velocidad media proporcional á la del coche, siendo el número de vueltas efectuado por éste en un tiempo dado proporcional al camino recorrido en el mismo tiempo.

Tambores indicadores. – Dos tambores cilíndricos con veinticuatro dientes cada uno pueden girar alrededor de un eje horizontal en el que van montados: uno de ellos es para indicar lo que ha de pagar el viajero, y el otro el camino recorrido. A este efecto, cada uno de ellos alza (fig. 6) por medio de dientes practicados en su periferie un ventanillo que se levanta con el diente *e* durante cierto tiempo y vuelve á caer bruscamente cuando el diente lo suelta para ser cogido un instante después por el diente que sigue. Como el tambor arrastra con su propia velocidad las indicaciones de precio y camino recorrido, el ventanillo sólo deja ver á cada momento una sola indicación de precio ó de recorrido kilométrico: con la caída brusca del ventanillo una de las indicaciones deja paso á la siguiente, con lo cual se evitan las discusiones que podrían surgir si en el momento del pago dos indicaciones sucesivas se encontraban *á caballo* en el ventanillo. En la posición de marcha *al paso* el tambor del camino recorrido y el de la suma que ha de pagarse progresan simultáneamente, este último por la acción del reloj con una velocidad tal que pasa ocho dientes por hora correspondiente á la velocidad de ocho kilómetros por hora. Lo mismo sucede con las paradas del coche cuando no hay la señal de *libre*.

Cuando el coche se pone en marcha para una carrera y su velocidad aumenta, los golpes de pistón que corresponden á cada vuelta de rueda se hacen más frecuentes, pero esos golpes accionan para comprimir aire en un cilindro que encierra un pistón cuyo vástago gobierna un sistema especial de engranaje de los tambores con el eje del contador accionado por la rueda del coche. Cuando la velocidad ha llegado á algunos hectómetros por hora, la frecuencia de los golpes de pistón es suficiente para mantener en el cilindro de engranaje una presión tal que pueda engranar con los tambores. Al pararse el coche, el aire comprimido se escapa por un agujerito practicado en la canalización, y el péndulo, engranando con el tambor de las sumas á pagar, lo hace progresar á razón de 2 francos por hora. Al ponerse en marcha el coche el tambor del camino recorrido y el de la suma á pagar avanzan juntos bajo la acción de la rueda del coche y con una velocidad tanto mayor cuanto más de prisa anda el vehículo, al paso que el reloj, independiente ya de los tambores, no mueve más que sus agujas y el cilindro registrador E.

Es de notar que en cuanto se pone la señal de *alquilado*, el tambor de la suma á pagar se pone en movimiento, y que si la marcha efectiva se retrasa por una causa cualquiera, la indicación de la misma progresa por sí sola, mientras que el del camino recorrido continúa en cero hasta el momento en que el coche echa á andar.

Queda, pues, entonces destruída la concordancia de las indicaciones de los dos tambores y la discordancia se acentúa tanto más cuanto más intermitente es la marcha.

Para poner á cero los tambores por la maniobra de la palanca á la posición libre hay un mecanismo cuyo detalle nos obligaría á extendernos demasiado y que está representado en la fig. 6.

Las explicaciones que acompañan las figs. 3, 4, 5 y 6 dan perfecta idea de las funciones de estos diferentes órganos.

Hasta aquí lo que se refiere á los intereses del viajero: en cuanto á los del dueño del carruaje, el contador Santenard los atiende por medio del totalizador de las sumas cobradas durante el día (fig. 4), del totalizador del camino recorrido (fig. 3, núms. 1 y 2) y de las indicaciones de *alquilado*, *libre* y *al paso*. Estas últimas se obtienen mediante un estilete colocado al extremo de la palanca de maniobra de estas tres indicaciones, que se apoya en el cilindro E (fig. 3, n.° 3), trazando en él una una línea continua que se inscribe en una de las tres fajas de papel graduado correspondientes á una de las tres posiciones definidas.

Una simple inspección de esta línea en ziszás permite leer fácilmente todas las posiciones tomadas por el estilete y la duración de cada una de ellas, las horas en que se han verificado los cambios y el

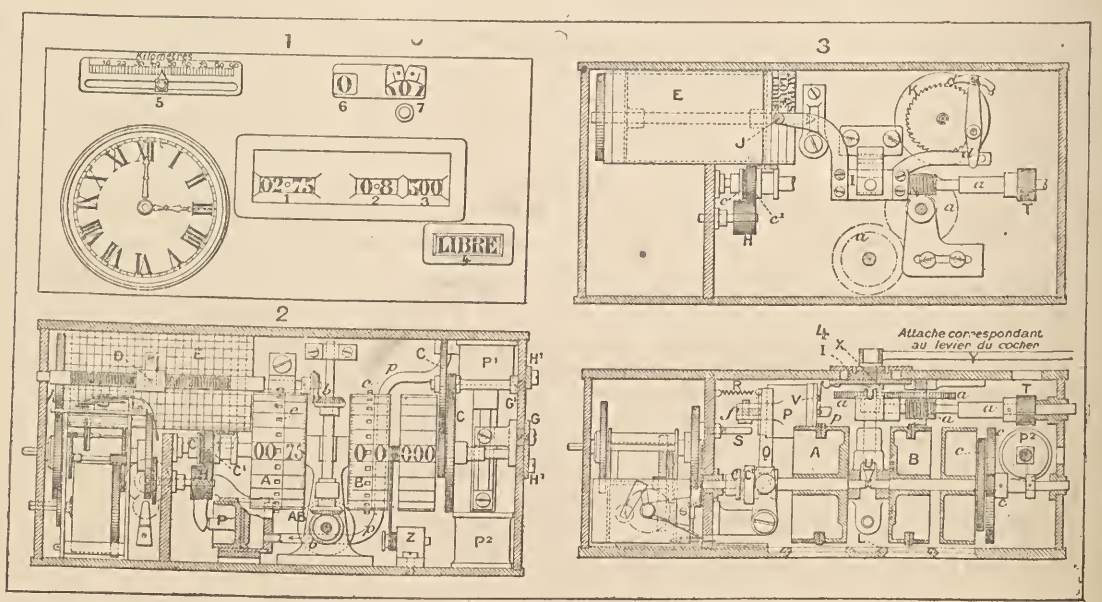


Fig. 3. Detalles del contador horo-kilométrico. Parte colocada debajo del asiento del cochero. – Núm. 1. El aparato visto de frente con las diversas indicaciones que el contador da al viajero (1, suma á pagar; 2, camino recorrido en kilómetros; 3, fracción de kilómetro; 4, casilla de la marcha del coche: *libre*, *al paso*, *alquilado;* 5, número total de kilómetros recorridos en la jornada; 6, total de sumas percibidas, cifras de las decenas de francos; 7, total de sumas percibidas, francos y cuartos de franco). – Núm. 2. Vista interior del contador: A B. Rueda con tornillo sin fin que recibe su movimiento de la rueda del coche. – A. Tambor de los francos. – P. Pistón de aire que recibe la presión de la bomba P' cuando el coche funciona (marcha al kilómetro). – P^2 Bomba receptora á glicerina. – B. Tambor de los kilómetros. – D. Cursor que indica el camino recorrido. – H. Engranaje con el reloj.—Núm. 3. Vista del mecanismo registrador: I. Conductor de corredera. – J. Lápiz fijado en *l*. – E. Cilindro registrador. – a, a, a. Engranajes para gobernar los tambores graduados. – Núm. 4. Sección horizontal. Posición del contador en el alquilado, coche en trabajo y marcha al kilómetro: P. Pistón de aire que obra por la palanca *f* sobre la palanca Q de la conmutación C, C'; la rueda C' gira arrastrada por el reloj; la rueda C fijada en el tambor de los francos A gira con el sistema kilométrico.—V vástago cónico rechazado por el plano inclinado X y que separa completamente los tambores del mecanismo de ruedas kilométrico. – V. Válvula abierta en la marcha lenta al paso, que anula el efecto de la bomba de aire, lo cual deja á los tambores engranados con el reloj, sea cual fuere la velocidad del coche, y hace avanzar los tambores A y B á razón de 8 kilómetros por hora. – Y Palanca de maniobra que gobierna la corredera I. – *Dimensiones del contador:* longitud, 30 centímetros; altura, 15; espesor, 12'5.

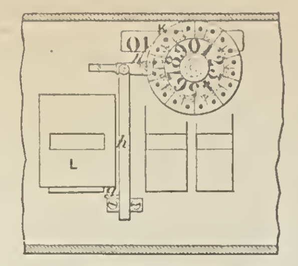
tiempo durante el cual ha funcionado el vehículo en cada una de las tres posiciones.

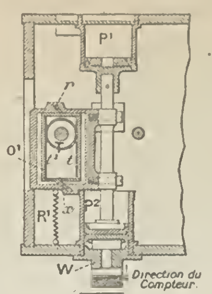
El papel en que todas estas indicaciones quedan registradas, cuidadosamente fechado y conservado, constituye una comprobación auténtica de gran utilidad, que permite atender en justicia á las reclamaciones ulteriores que pudieran formularse y comprobar hasta qué punto son ó no fundadas.

Por una sencilla comparación entre las sumas totales pagadas, el camino total recorrido, las diversas marchas del vehículo á cada instante y las posiciones de la palanca podrá un dueño de carruajes inteligente conocer la historia completa de la jornada de su vehículo. Sabrá, por ejemplo, gracias á la mayor ó menor inclinación de la curva trazada en el cilindro por el totalizador del camino recorrido, si el cochero, halagado por una buena propina, ha llevado el caballo á un paso excesivo; sabrá si el cochero ha abusado inútilmente de la marcha de vacío, marcha favorita de los cocheros en los días de lluvia ó de alguna fiesta cuando quieren escoger á su gusto el viajero ó la carrera que se les propone, etc., etc.

El contador Santenard, según se ve por esas ligeras explicaciones y por los grabados, es un aparato bastante complicado, habiéndose necesitado mucho ingenio y mucha actividad para montar en un espacio tan pequeño tan gran número de órganos distintos, cada uno con funciones propias.

El inventor y los constructores, MM. Lepante, creen sin embargo que será posible simplificarlo reduciendo el número de órganos sin reducir en igual





Figs. 4 y 5. – Fig. 4. Totalizador de los ingresos del día: L Ventanillo del tambor de los francos que cae sobre el estribo *g* y obra sobre el trinquete *h* por medio de la palanca *h*. – Fig. 5. Gobierno del eje de arrastre de las ruedas A y B por la bomba de glicerina: P² Bomba de glicerina. – P¹ Bomba de aire. – *t*, *t'* Cremalleras que atacan sucesivamente la rueda T. – R¹ Muelle de atracción. - W Tapón de rosca en el que se atornilla el tubo procedente de la bomba de glicerina montada en el eje de la rueda.

proporción el de las funciones. Tal cual es, el contador horo-kilométrico que hemos descrito ofrece gran interés por ser la primera solución completa del problema planteado por el ayuntamiento de París y el primer aparato que ha recibido una sanción experimental por un funcionamiento continuo desde hace cerca de tres meses en una porción de coches de punto de aquella capital.

X., *ingeniero.*

(De *La Nature*)

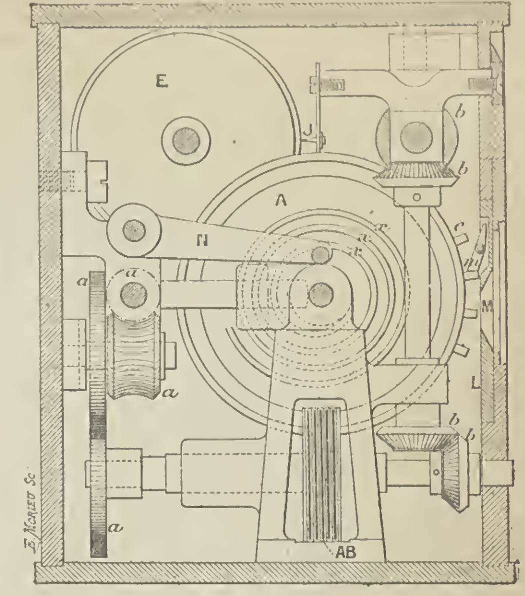


Fig. 6. – Sección transversal del contador que representa el cilindro registrador E, el estilete J y sus engranajes de gobierno *b*; los dientes *e* que accionan sobre la ventana móvil M por el dedo *m* hacen avanzar las indicaciones por fracciones indivisibles de 25 centímetros. – *x* Ranura en espiral donde se mueve el extremo de la palanca N. – G. Palanca que retiene los tambores en su sitio cuando el coche está en *libre* y las indicaciones en cero, á fin de poder totalizar las carreras del día.

LIBROS ENVIADOS
Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

Estudios jurídicos, *por Lord Macaulay.* – La reputación universal de que goza esta importantísima obra del gran pensador inglés hace innecesario todo elogio que á la misma pudiéramos dedicar: indispensable para cuantos siguen el progreso de la ciencia del derecho, interesante aun para aquellos que sólo por afición gustan de enterarse de ciertos problemas jurídicos de general aplicación, no dudamos habrá de merecer el favor del público la elegante edición que de ella ha hecho *La España Moderna* para la *Biblioteca de libros escogidos* y que va precedida de un hermoso prólogo escrito por W. E. Gladstone. En este prólogo está trazada de un modo admirable la biografía de Lord Macaulay, estudio tan extenso como concienzudo de la vida y obras del ilustre jurisconsulto inglés. Los dos tomos de que consta la edición que nos ocupa se venden al precio de tres pesetas cada uno en las principales librerías.



MEDALLA CONMEMORATIVA DEL 4.º CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA premiada con accésit por la Academia de San Fernando, proyecto de D. Francisco de Asís López

Album biográfico dertosense. – La ciudad de Tortosa, que con razón se envanece de contar entre sus hijos ilustres personalidades que han adquirido justa fama en los diferentes ramos del saber humano, ha querido consagrarles un monumento literario que al par que sea tributo de admiración y de cariño perpetúe su recuerdo y sea para las edades futuras archivo valioso de datos interesantes. A este nobilísimo objeto responde el *Album biográfico dertosense*, que edita en aquella ciudad el distinguido publicista D. Obdulio González de los Ríos y cuyo primer tomo acaba de ponerse á la venta.

La publicación constará de tres ó cuatro tomos, vendiéndose el primero á 4 pesetas en la librería de D. Francisco Mestre (calle de la Rosa, número 11, Tortosa) y en Barcelona en la de D. Francisco Puig y Alonso, plaza Nueva, n.º 5.

Imp. de Montaner y Simón